



Universidad de Chile
Instituto de la Comunicación e Imagen
Escuela de Periodismo

CUANDO EL BARRO SE SECA

La tragedia olvidada de las temporeras de La Capilla

BÁRBARA FRANCISCA BARRERA MORALES

YOSELIN ANDREA FERNÁNDEZ ARCE

MEMORIA PARA OPTAR AL TÍTULO DE PERIODISTA

Categoría: Crónica / Perfil periodístico

Profesora Guía: Jennifer Abate Cruces

Santiago, Chile

Julio 2018

AGRADECIMIENTOS

A las familias de Sandy Bernal y Jennifer Novoa, por recibirnos, confiar en nosotras y permitirnos contar esta historia pese a los recuerdos dolorosos y a las incómodas experiencias con nuestros colegas, los periodistas.

A Claudia Novoa y su familia, por su hospitalidad, preocupación e infinita amabilidad. Claudia fue el punto de partida y sin ella hubiese sido especialmente difícil poder adentrarnos en la vida de Jennifer.

A Alejandra Díaz, porque en la complicidad de las mujeres nos entendimos. Y porque pese a los recuerdos de aquella madrugada del 25 de marzo, revivió cada detalle y compartió sus más atesorados momentos con Jennifer.

A Adelaida Sánchez y Enrique Novoa, por contarnos anécdotas de su “chiquilla” y recibirnos todo un día en su acogedora casa en Angol.

A la familia Illatarqui Nieto, por su amabilidad, confianza y sobretodo por entregarnos la posibilidad de hablar de Sandy. A Luana y Wilson, gracias por su hospitalidad y sinceridad.

A Vidal Naveas, por su invaluable aporte de conocimientos históricos y la vocación inspiradora con la que trabaja.

A Juan Carlos Vergara y todos los habitantes de San Antonio que se detuvieron a escucharnos, conversar y guiarnos al comienzo de esta búsqueda.

A María López, porque confió en nosotras desde el primer momento, herida en la Clínica Atacama en 2015. Esperamos haber cumplido con nuestra palabra.

A Paulette Ríos, por su genuina simpatía, sentido del humor y por hacer de las largas jornadas de transcripción un momento de carcajadas y buenos recuerdos.

A Ximena Valdés, por su amabilidad, disposición y su extraordinario aporte académico, fundamental en nuestra aventura por adentrarnos en el trabajo agrícola en Chile.

A Florencia Aróstica, Alicia Muñoz y a todas las integrantes de ANAMURI, porque en su incesable lucha por los derechos de las trabajadoras agrícolas encontramos ejemplos de valentía y fortaleza admirables.

A nuestras familias, por su apoyo incondicional, su confianza en nosotras y por darnos siempre el cariño, ánimos y fuerzas necesarias para continuar.

A nuestros amigos y amigas, por acompañarnos en el cansancio, escucharnos y aconsejarnos. Ustedes hicieron nuestro paso por la Universidad una aventura memorable. Gracias, Victoria Viñals, por empujarnos a escribir esta historia.

A Jennifer Abate, nuestra profesora guía, por su paciencia, cariño y dedicación de siempre; por entender nuestras inquietudes y compartir sentimientos de rabia y pena al ir adentrándonos en esta historia. Sus consejos y ética periodística nos enseñaron y guiaron durante todo este camino.

A la Negra, por tu paciencia, amor, dedicación e inteligencia. En todo momento, en cada detalle, fue maravilloso estar contigo.

A la Yose, porque trabajar contigo ha sido siempre una aventura. Por tu dedicación, entrega, paciencia y amor; por siempre tener las palabras perfectas y compartir esta (nuestra) lucha, gracias.

DEDICATORIA

*A Sandy Karina Bernal Nieto y Jennifer Cecilia Nova Novoa,
que hoy son parte de nuestras vidas, lecciones y aprendizajes.*

*Las imaginamos jugueteando en el polvo cósmico,
repartiendo risotadas y viviendo libres.*

ÍNDICE

AGRADECIMIENTOS	2
DEDICATORIA	4
INTRODUCCIÓN	7
MUERTE EN LA CAPILLA	12
CUERPOS EN SACRIFICIO	20
“EMANCIPACIÓN PRECARIA”	23
DERECHO A SOSPECHAR	27

EL PATRÓN INVISIBLE	31
JENNIFER	34
SANDY	46
EL FINAL DEL OTOÑO	57
BIBLIOGRAFÍA.....	68
ARTÍCULOS PERIODÍSTICOS	69
ANEXOS	70
1. FUENTES VIVAS:	70 a)
<i>Contexto social e histórico</i>	70
<i>b) Aluvión en San Antonio</i>	70
<i>c) Sandy Bernal Nieto</i>	70
<i>d) Jennifer Novoa Novoa</i>	70
2. DOCUMENTACIÓN RECOPIADA:	71 a)
<i>Certificados de nacimiento</i>	71
<i>b) Certificados de defunción</i>	75
<i>c) Conservador de bienes raíces de Santiago</i>	77
<i>d) Documentos judiciales</i>	78

3. FICHA DE VIDEOS NOTICIEROS CENTRALES TVN, CANAL 13, CHV Y MEGA REVISADOS	81
4. IMÁGENES	85
5. “SAN ANTONIO”, VIDAL NAVEAS DROGUETT.....	91

INTRODUCCIÓN

San Antonio está poblado por alrededor de 70 familias. Escondido al interior del valle del río Copiapó, el pueblo se asoma tímido entre quebradas y cerros cubiertos de parronales. La iglesia, una plazoleta y casas de madera dispersas entre dos curvas dan vida a la localidad. Una decena de casas a mano izquierda y los restos del campamento La Capilla a la derecha son toda su infraestructura a simple vista. A más de tres años del estruendo de agua, rocas y escombros destruyéndolo todo, hoy en día sólo queda el silencio.

Donde antes abundaban plantaciones de parras y las instalaciones agrícolas de la Frutícola Atacama, hoy en día hay un cúmulo de tierra. Tan sólo una malla de color negro cierra el perímetro de lo que antes era el campamento La Capilla. Aún se divisa a lo lejos el techo de un antiguo galpón que operaba como estacionamiento de maquinaria y vehículos de la frutícola. Hasta dos años después de los aluviones, viejas señaléticas de tránsito y carteles destruidos permanecen en la tierra y son hoy testimonio permanente de ese 25 de marzo.

Hombres y mujeres trabajan en silencio martillando techos y montando ventanas. Sin costumbre de recibir visitas, ni mucho menos turistas, los sanantoninos miran desde lejos con desconfianza y luego siguen en lo suyo: martillando, cargando herramientas y cajones de frutas. Al atardecer caen fuertes vientos, baja la temperatura y se levanta polvo. En ese silencio otoñal del solitario San Antonio se curte el temple de los lugareños, que sin ayuda de nadie más que de sí mismos de a poco reconstruyen sus casas, su pueblo y sus vidas.

El aluvión ocurrido en el Norte Chico el año 2015 dejó como saldo definitivo 31 muertos, 16 desaparecidos y 16.588 damnificados, según el último reporte de la Oficina Nacional de

Emergencias (ONEMI). La catástrofe se concentró en la región de Atacama y se convirtió en el evento natural más destructivo en la zona desde el terremoto de 1922.

El 25 de marzo de 2015 los valles de los ríos Salado y Copiapó se inundaron de tragedia y muertes, cientos de historias anónimas emergieron y el más alto interés nacional se concentró en la zona. Relatos épicos de sobrevivencia y dramas de pérdidas terribles se tomaron los noticieros centrales, las frecuencias de radios y las páginas de todos los matutinos. Sin embargo, la contingencia de la tragedia al cabo de un mes se esfumó, mientras que el desastre social desencadenado por los aluviones se volvió parte de la precaria cotidianidad de los nortinos.

Debido a la familiaridad con la que aluviones, terremotos, tsunamis e incendios azotan el territorio nacional, se han vuelto visibles y discutibles las características y, sobre todo, las consecuencias de estos eventos. Diversos profesionales, programas y organismos, tanto nacionales como internacionales, han advertido sobre la importancia de considerar elementos como la sustentabilidad ambiental, el desarrollo y las características sociales de las comunidades a la hora de prever y enfrentar catástrofes.

Las amenazas son naturales, pero los desastres son sociales. Sus consecuencias están mediadas por la capacidad (o incapacidad) de implementar políticas públicas que garanticen un modelo económico sustentable y consecuente con el medio ambiente, por la vulnerabilidad socioeconómica de las comunidades afectadas y la eficiencia de las instituciones públicas y organismos técnicos encargados de responder en situaciones extremas.

Las catástrofes socionaturales nunca se tratan sólo de un evento aleatorio de la naturaleza: se entreveran ahí condiciones de vida, relaciones sociales, desigualdades e injusticias que a partir de la casualidad de un terremoto o un aluvión, se vuelven visibles.

Así se conoció la historia de temporeras que dormían encerradas en *containers* de metal acondicionados como dormitorios en un campamento frutícola en San Antonio. A partir de ese rumor se fueron estableciendo las circunstancias en las que el aluvión golpeó aquella madrugada a los trabajadores y trabajadoras agrícolas que dormían en el campamento La Capilla de la Frutícola

y Exportadora Atacama. Aunque el paso de los días terminó por difuminar la acusación sobre trabajadoras encerradas, el recuerdo en la memoria colectiva permanece.

Jennifer Novoa Novoa y Sandy Bernal Nieto fueron las únicas víctimas fatales de La Capilla, algo que resulta increíble a la luz de los relatos sobre lo acontecido aquella madrugada en San Antonio. Sus muertes permitieron, aunque por un efímero momento, poner sobre la mesa una serie de interrogantes: cuestionamientos antiguos y casi olvidados sobre la precariedad del trabajo agrícola, prontuarios empresariales de los dueños del fundo, demandas laborales, denuncias y rumores.

Con la sospecha de que un poco más allá de esos reportes dramáticos que se tomaban la opinión pública los primeros días de abril de 2015 habitaban las historias de dos mujeres jóvenes, con sueños, amores, risas y dolores, decidimos iniciar una búsqueda. Nos planteamos el desafío de conocer a Jennifer Cecilia y a Sandy Karina e intentar comprender cuáles fueron las circunstancias que se combinaron para que terminaran una madrugada de otoño, bajo una inusual tormenta en el norte de Chile, a miles de kilómetros de sus respectivos hogares.

Lo que da inicio a este texto en principio no es más que una intuición. No nos propusimos comprobar ninguna hipótesis ni reafirmar una interpretación. Sin embargo, a través de los primeros acercamientos al hecho y material bibliográfico sobre trabajo agrícola y la figura de la temporera - nuestra primera pista- establecimos premisas importantes que tenían relación con condiciones de vida particulares: mujeres - trabajadoras - migrantes.

La primera de ellas es que cualquiera de las trabajadoras de La Capilla pudo ser Jennifer y Sandy aquella noche. Las circunstancias específicas en las que las trabajadoras fueron atrapadas por el barro pueden ser meras casualidades, pero lo cierto es que quienes sobrevivieron y quienes no, comparten una realidad general que trasciende las trayectorias individuales de cada una de ellas.

La segunda es que las condiciones laborales de las mujeres trabajadoras agrícolas exponen una vida precaria en términos materiales. Habituales migraciones, largas y extenuantes jornadas de

trabajo lejos del hogar, insuficientes condiciones laborales, permanente exposición a agrotóxicos y sustancias químicas dañinas para la salud y bajos niveles de organización sindical son parte de las condiciones que deben enfrentar las trabajadoras agrícolas para obtener un salario significativamente mayor al promedio de los y las trabajadoras en Chile, aunque por un corto periodo de tiempo.

La tercera es que en el caso específico de las temporeras, estas condiciones laborales se entreveran con las obligaciones sociales propias de las mujeres madres, esposas y cuidadoras, confinadas al espacio doméstico. Así, las trabajadoras agrícolas habitan entre la permanente tensión de ser madres proveedoras, pero ausentes; mujeres con independencia económica, pero expuestas a condiciones muy perjudiciales; mujeres autónomas, a costa de poner sus cuerpos en sacrificio.

De forma paralela, analizamos cómo la novedad de la catástrofe deja de ser noticia en un tiempo y los montones de titulares extravagantes soportan un par de semanas y luego se vuelven olvido o, como mucho, anécdota. Vimos que tras la eventualidad de un hecho se cierran todas las historias, pero una vez que el barro se seca y el polvo se limpia, la tragedia cotidiana de ser mujer, ser pobre y ser migrante en el Chile actual, permanece. Ponerle un nombre y un apellido a aquellas muertes invisibles, casi casuales, significó al inicio de este proceso enfrentar y retratar la verdadera tragedia: la pobreza, el género y la explotación.

Con esa intención nos adentramos en las vidas de Jennifer y Sandy y ahí descubrimos la resistencia. Encontramos precariedad, infortunios, tragedias y enormes dramas sociales. Sin embargo, encontramos allí también rebeldía y valentía para desafiar todas las normas y conceptos del “deber ser” mujer, trabajadora y pobre.

Al terminar esta investigación consideramos una injusticia llamar a Jennifer Novoa y Sandy Bernal sólo “víctimas” de la precariedad, aun cuando las circunstancias de sus muertes dan cuenta de aquello. Son precisamente las circunstancias de sus vidas las que nos permitieron develar su carácter de “sobrevivientes”.

El presente texto es un intento de plasmar y reproducir extensos relatos, historias, sensaciones, lugares y recuerdos. Decidimos iniciar con el relato de lo sucedido la noche del 25 de marzo de 2015 en San Antonio, en voz de sus protagonistas. La tragedia marca el punto de inicio de esta búsqueda.

En un segundo momento intentamos acercarnos a describir las condiciones laborales y sociales que rodearon a Sandy y Jennifer mientras se desempeñaron como temporeras en el valle de Copiapó. Ciertamente, la magnitud del problema del trabajo agrícola, traducida en denuncias de prácticas inhumanas, reclamos levantados por mujeres organizadas, historias de agresiones, negligencias e impunidad, resulta imposible de abordar en este proyecto, por eso decidimos mantenernos lo más cerca posible de nuestras protagonistas y sus historias, obviando problemáticas que pueden resultar insoslayables para quienes buscan comprender las circunstancias que enfrentan las temporeras hoy en Chile.

Los capítulos siguientes corresponden a un relato descriptivo de determinados momentos biográficos que consideramos cruciales para comprender las vidas de Sandy Bernal y Jennifer Novoa.

Por último, la historia transcurre entre los días posteriores al aluvión y la actualidad: desde la búsqueda de los cuerpos y la despedida hasta la nueva cotidianidad familiar y el silencio del fin del otoño.

MUERTE EN LA CAPILLA

"¡Salgan de las piezas! ¡Salgan de las piezas, que bajaron las quebradas!". Alejandra corrió hasta la última pieza, la que compartía con María López. "¡Jenny, vamos, tenemos que salir!". La primera ola de barro y escombros destruyó por completo las construcciones ligeras donde dormían las mujeres del campamento La Capilla. Casi por reflejo, Alejandra tiró la puerta de su pieza con fuerza para intentar salir, pero el barro lo cubrió todo. María quedó entre la puerta del baño y la puerta de

entrada de la pieza, ya totalmente destruida; Alejandra enterrada entre el camarote y el desastre y Jennifer atorada junto al refrigerador.

Con el agua cubriéndole medio cuerpo, Alejandra logró zafar mientras llegaban las primeras compañeras a prestarles ayuda. “¡Jana, amiga, vamos!”; escuchaba ella mientras repetía que no iba a abandonar a Jennifer. “¡Alejandrita, no nos deje solas!”; le pedía la señora María. En medio del forcejeo, las luces de emergencia le permitieron a un trabajador alertar de la nueva ola que se acercaba al campamento. “Yo no te voy a dejar sola, Jenny, si nos morimos, nos morimos las dos”, le dijo Alejandra a su novia, esperando que con la fuerza del agua pudieran escapar.

Ese segundo aluvión las sacudió con fuerza. María salió a flote y su esposo y su hijo alcanzaron a rescatarla con una pierna destrozada, pero viva. Alejandra atravesó fierros, cemento, camarotes, piedras y pensó que se moría. De Jennifer no se volvió a saber.

Juan Carlos Vergara era guardia en el campamento y aquella madrugada del miércoles 25 de marzo de 2015 observaba junto a una compañera la caída de lluvia y los fuertes truenos que no dejaban conciliar el sueño en La Capilla. Cerca de las tres de la mañana, un fuerte estruendo totalmente desconocido irrumpió en medio de la oscuridad. Algunos lo describen como una explosión, otros como una inmensa bola que rodaba cerro abajo. Juan Carlos salió inmediatamente de su caseta de vigilancia para observar qué estaba pasando y en cuestión de segundos vio cómo la ola de barro atravesaba el cerco de aproximadamente 1.50 metros de altura y arrasaba con los vehículos que se encontraban estacionados al frente, bloqueando completamente la única salida del campamento.

A sus espaldas divisaron un camión aljibe estacionado en el taller y corrieron a buscar refugio en su altura. En medio del caos, un relámpago iluminó todo el campamento y Juan Carlos alcanzó a percatarse de un niño que era arrastrado por la fuerza del agua. Sin pensar absolutamente nada, se dio media vuelta y fue a rescatarlo. Subió al niño y a su compañera sobre un colchón que flotaba entre los escombros y comenzó a empujarlos luchando contra el barro, que se volvía cada vez más espeso, y toda clase de objetos que se arrastraban a su alrededor: palos, fierros, colosos y hasta una

bomba de petróleo. Un trozo de cerco cedió a la fuerza del aluvión, justo frente a sus ojos, y gracias a su improvisado bote salvavidas lograron cruzar la carretera y huir de La Capilla.

Entre gritos los recibieron los vecinos de San Antonio que habían logrado escapar de sus casas. “¿Quién es?!” preguntó una mujer por el niño y Juan Carlos se percató de que no le había preguntado el nombre. “Esteban”, respondió el pequeño de seis años, ya a salvo en los brazos de una de sus tías.

Todos juntos emprendieron la huida entre las plantaciones de parras, donde se fueron encontrando con más vecinos que escapaban del sector. “¿Y pa’ dónde nos vamos ahora?”, se preguntaban.

En medio de la absoluta oscuridad, Alejandra reaccionó, respiró profundo y se lanzó sobre un *pallet*. “¡Yo no me voy a morir, concha de tu madre!”, gritó. El agua siguió el curso del río y al entrar en un socavón el *pallet* se quebró. Alejandra se fue río abajo intentando afirmarse de malezas, rocas, lo que hubiese, mientras se esforzaba por respirar. Sin saber bien cómo, en algún momento el agua turbia se calmó y gracias a unos montes logró salir del río y llegar a un barranco.

Cubierta sólo por una polera y su pelo largo, Alejandra Díaz pasó toda la noche sentada abrazándose las rodillas, magullada, cubierta de barro y con una severa luxación en el brazo. Su cuerpo desnudo se mecía incesantemente hacia atrás y hacia delante, luchando contra el cansancio que le cerraba los ojos. Hoy recuerda que una luz le decía “no te duermas”. Aterrada en medio de la oscuridad se le vino a la cabeza una vieja oración que rezaba su abuela evangélica: “Cúbreme con tu sangre, cúbreme con tu manto, Señor”. Ni el Padre Nuestro era capaz de recordar.

El amanecer le permitió gritar por ayuda y para su suerte los hermanos Lincopi, trabajadores de la zona, la escucharon. Una escalera metálica, cuerdas y un milagro le permitieron salir del barranco antes de las nueve de la mañana, cuando la tercera ola de barro terminó de destruir La Capilla y parte del pueblo de San Antonio.

“¿Dónde está la Jenny? ¡La Jenny!”.

La noche del martes 24 de marzo, Soledad Nieto dormía en Paipote, un pequeño poblado contiguo a Copiapó, casi 90 kilómetros al oeste de San Antonio. En la madrugada, el sonido del agua entrando la despertó de golpe: “aquí va a acabar todo”, pensó cuando vio la cocina completamente inundada mientras el agua, que seguía entrando con fuerza, arrasaba con muebles, adornos, sillas y cualquier cosa que estuviera a su paso.

La quebrada Paipote, una de las más extensas de la región, había cedido frente a los 12 milímetros de agua caída en Copiapó. Ese día llovió, en un lapso menor a 24 horas, el promedio anual de precipitaciones de la región. El panorama en Paipote se asemejaba al de varios pueblos del Norte Chico ese miércoles: viviendas destruidas con daños significativos y apenas habitables, cese de suministros básicos como agua, electricidad y servicios de comunicación y, en los peores casos, víctimas fatales y personas desaparecidas.

Soledad era originaria de Tacna y hace dos años se había trasladado al Valle de Copiapó buscando mejores perspectivas laborales en el trabajo agrícola de temporada. Pronto le siguieron su madre Paula y su hija Sandy, quienes al tiempo también comenzaron a desempeñarse como temporeras en Atacama. Abuela, madre y nieta compartían una habitación en uno de los *containers* del campamento Las Terrazas, propiedad de la Frutícola Atacama. Sin embargo, un mes atrás Sandy había decidido probar suerte en un fundo más cordillerano junto a su pareja. Ambos emigraron a Viña El Cerro, fundo de la misma empresa ubicado en el sector de San Antonio, y ahí se alojaron en La Capilla.

Paula y Soledad decidieron dejar el campamento en Las Terrazas y vivir de allegadas en casa de un primo en Paipote. Ahí compartían con Gino, hijo de Paula y medio hermano de Soledad, y los dueños de casa, Wilson y su esposa Luana.

Horas antes del aluvión, ambas tomaron el bus en Paipote rumbo a Las Terrazas, sin embargo, por las inusuales lluvias que afectaban la zona, la faena fue suspendida y debieron regresar. “¿Cómo estará la Sandy?”, se preguntaron. Caída la noche, Wilson recibió una llamada de su sobrina. “Está asustada, ha llovido demasiado”, dijo al resto de su familia. Luego perdieron toda comunicación con ella.

Durante la tarde del miércoles, Soledad escuchó, a través de la radio a pilas de uno de sus vecinos, de una niña desaparecida en uno de los fundos del valle. No alcanzó a preocuparse demasiado. Los dos días siguientes al aluvión estuvieron marcados por la falta de información e instinto de sobrevivencia en cada una de las localidades afectadas. Rescatar pertenencias, asegurar víveres, buscar suministros y comunicarse con los cercanos eran prioridad para los miles de damnificados que aún no dimensionaban la magnitud de la catástrofe.

El viernes 27 de marzo la familia Nieto despertó con la noticia de que en el único colegio del pueblo había energía eléctrica y decidieron ir a cargar sus celulares. Soledad y Luana fueron quienes recibieron el mensaje: Sandy estaba desaparecida. Gino acompañó a Soledad inmediatamente al centro de Copiapó. Ese viernes, con más de un metro de barro a sus pies, caminaron juntos al hospital regional, comisarías de Carabineros, Policía de Investigaciones y nada. “Yo tengo que ir a San Antonio”, pensó Soledad.

Al amanecer, un 90 por ciento del pueblo de San Antonio se hallaba bajo el barro, 14 viviendas habían sido completamente arrasadas y los sobrevivientes observaron desde techumbres, árboles, algún cerro o lo que fuese cómo una tercera ola de barro bajaba desde la quebrada, sepultando todo lo que quedase en su camino.

Los 28 *containers* blancos de metal en los que dormían los hombres del campamento La Capilla fueron arrastrados más de 500 metros de su posición original. Algunos incluso terminaron varios

kilómetros río abajo, mientras que de las construcciones ligeras donde dormían las mujeres apenas quedaron rastros.

La antigua iglesia de San Antonio se convirtió en un albergue improvisado, ahí trasladaron heridos, repartieron alimentos, agua, refugio y hasta velaron a un fallecido. Los vecinos pudieron confirmar la primera víctima fatal del desastre: el cuerpo de Máximo Cerezo, de sólo cuatro años, fue encontrado en una cerca cubierto de lodo. El resto de la familia aún no sabía que el pequeño Esteban, tío de Máximo, se había salvado de milagro.

El sobrevuelo de un helicóptero alertó a los vecinos de San Antonio, pero finalmente no aterrizó. Cerca de 150 personas permanecieron albergadas en la iglesia esa noche esperando el rescate.

Ya a salvo en casa de una antigua jefa, Alejandra recibió un baño y ropa. El revoltijo de barro, alambres y ramas, entre otras cosas, la obligaron a intervenir con tijeras su cabello. “Hágalo, no más, señora María”, respondía Alejandra a las disculpas de su jefa. Un colchón y una manta la cobijaron durante las primeras horas del día. Entre vómitos y llantos repetía: “la Jenny, la Jenny, la Jenny”.

Cuando todo pareció terminar, algunos trabajadores y trabajadoras de La Capilla decidieron caminar hasta el próximo campamento de la frutícola Viña El Cerro 1, donde el daño había sido menor. Maltrechos y *shockeados*, los sobrevivientes caminaron un par de kilómetros hasta llegar al refugio. Alejandra hizo el trayecto como pudo y entre el aliento de sus compañeras y los retos de su hermano, logró llegar a destino. Recibió otro baño, ropa limpia y aguardó el rescate.

Recién pasado el mediodía del jueves, más de 40 horas después del aluvión, un segundo helicóptero sobrevoló San Antonio. Esta vez sí aterrizó, entregando algunos bidones de agua y alimentos. Así fue como los vecinos se enteraron de que los caminos estaban cortados y que no eran ellos los únicos afectados por los aluviones. Ese helicóptero trasladó a 13 personas heridas hacia el Hospital Regional San José. El resto de los vecinos tuvo que seguir esperando.

Durante esa tarde y casi de casualidad se supo la noticia de la muerte de Máximo y, de paso, la tragedia que vivían cientos de personas en un desconocido pueblo del valle de Copiapó. Rossana Benavides, de 19 años, fue entrevistada en vivo por un equipo periodístico de Televisión Nacional de Chile. “¿Te rescataron de dónde?”, preguntó en cámara Mónica Pérez. Rossana, con un bebé en brazos, comenzó su relato: “de la localidad de San Antonio, de hecho, quedó nada, ya no existe prácticamente”. Durante esa pequeña entrevista Rossana contó cómo su pareja había intentado rescatar a sus dos hijos del aluvión, pero una fractura de brazo lo separó del mayor, Máximo. “Por lo menos lo encontraron, como quedó todo era para no encontrar a nadie”, dijo Rossana.

Al día siguiente, un equipo periodístico del mismo canal emprendió rumbo a San Antonio. Alternando caminatas y tramos en vehículos de doble tracción, luego de seis horas la periodista Carolina Segura y su equipo se convirtieron en los primeros en llegar al lugar. Los habitantes del pueblo se abalanzaron sobre los periodistas clamando ayuda. “¡Ayer tuvimos que rogarle a los hombres que se llevaran el cuerpo de nuestro nietecito muerto y no se lo querían llevar! ‘Tenemos que llevarnos a los vivos, los muertos son muertos’, nos dijeron, ¡y eso no puede ser!”, gritó Lily Benavides, abuela de Rossana, frente a la cámara.

El panorama en La Capilla era desolador. Entre los escombros, trozos de *container*, vehículos y una inmensa capa de barro seco, trabajadores y vecinos buscaban rastros de personas desaparecidas.

- ¿Qué pasó, caballero?, preguntó la periodista a un hombre de mediana edad, que sollozaba junto a ella.
- Llevo buscando como dos días, todo el día he buscado y no hay nada.
- ¿A quién perdió?
- A la Sandy.

Era Pascual Ingala, de nacionalidad boliviana, novio de Sandy. La imagen desesperada de un hombre que buscaba a su pareja entre los escombros se volvió un símbolo en los noticieros centrales de todos los medios de prensa que llegaron a la zona. Soledad ya estaba al tanto y haciendo dedo consiguió que un grupo de periodistas la trasladara a San Antonio.

El informe de Carolina Segura alertó a la opinión pública de otra información: según el testimonio de Guido Benavides, trabajador de San Antonio, las temporeras de la Frutícola Atacama dormían encerradas con candados. Pronto surgieron nuevas versiones que hablaban de trabajadoras encerradas en *containers*, desaparecidas por el aluvión. La Frutícola y Exportadora Atacama estaba en el ojo del huracán.

Más de mil kilómetros al sur, en Concepción, Claudia Novoa estaba preocupada. Llevaba días intentando ubicar a su sobrina Jennifer por celular, pero el teléfono sólo daba con un buzón de mensajes. “Sabes que estoy viendo las noticias, ¿te has podido comunicar con la Jenny?”, preguntó por teléfono a su hermana Rosa. La negativa de su hermana la preocupó aún más. “Pucha, por favor comunícate. Si revisas este mensaje, contéstanos, mándanos una llamada, pínchame, cualquier cosa, pero para saber que estás bien”, dijo Claudia al buzón de voz de su sobrina.

La familia Novoa, con excepción de Claudia, vivía en Angol sin mucha información sobre el paradero de Jennifer. Salvo que trabajaba en una frutícola cerca de Copiapó, no conocían el nombre ni la ubicación exacta de la empresa. Rosa, su madre, supo que un compañero de Jenny había llegado a Angol la noche anterior. Las noticias que traía no eran tranquilizadoras.

A través de él dieron con el nombre de la empresa y un número telefónico. Claudia llamó y logró comunicarse con Álex Ardiles, jefe de una de las oficinas de la frutícola. Sin embargo, aún no se sabía nada de la gente de San Antonio. Decepcionada, siguió buscando contactos, amigas, compañeras de trabajo, alguien que pudiera decirle cómo estaba Jennifer.

Luego de recibir el alta médica en el hospital de Copiapó, Alejandra fue trasladada a un albergue. Ahí pasó dos días hasta que su madre la fue a buscar y se la llevó a Ovalle, su ciudad natal. Cinco días después del aluvión recibió una llamada de Claudia. “Tía, la Jennifer desapareció. Se me fue de las manos y no la he visto más, buscamos y no aparece”, le explicó. Claudia volvió a comunicarse con Álex para decirle que no buscaran en albergues, había que salir a terreno.

La Frutícola Atacama le ofreció a la familia de Jennifer dos alternativas: costear el traslado de un familiar a la zona para acompañar la búsqueda o mantenerse informados a diario vía telefónica. Considerando la avanzada edad de los abuelos y que Rosa Novoa estaba al cuidado de la hija de Jenny, decidieron que Claudia viajara.

El 31 de marzo Claudia Novoa llegó a San Antonio con la promesa de volver a Angol con su sobrina, de la forma que fuera.

CUERPOS EN SACRIFICIO

El valle de San Francisco de la Selva de Copiapó, como lo bautizaron los españoles, fue la puerta de entrada de la colonización a los territorios del sur del Virreinato del Perú. El dominio inca se extendía sobre los pueblos de la zona, que tempranamente desarrollaron el cultivo agrícola y la crianza de ganado. En la precordillera de Atacama una inmensa merced de tierra concesiones entregadas a conquistadores para incentivar la colonización- fue cedida al encomendero Francisco de Aguirre. Como “Potrero Grande o el Potrero de la Brea” era conocido el terreno que se extendía desde Punta Negra hasta Iglesia Colorada, Tierra Amarilla, el que abarcaba poco más de 100 kilómetros de largo¹.

La llegada de los colonos españoles supuso conflictos con los indígenas que habitaban la zona, conflictos que se extendieron durante años centrados en una disputa por la obtención de la brea, hierba endémica que los españoles utilizaban para el calafateo de barcos. En 1655 un aluvión inundó el valle, terminando con la hierba y, de paso, con la gresca.

El correr de los años convirtió esas antiguas tierras en poblados rurales, cuyo sustento se basaba en la actividad minera y agrícola. Durante el siglo XIX, el actual pueblo de San Antonio alcanzó

¹ La información histórica sobre San Antonio recopilada en este capítulo fue realizada en base a un documento elaborado de manera especial para este proyecto por el historiador local Vidal Naveas Droguett..

un desarrollo inusitado para los tiempos actuales: el 1 de febrero de 1867 se inauguró la estación de ferrocarril con modernas instalaciones de infraestructura. El 22 de diciembre de 1891, bajo la administración del presidente Jorge Montt, la Ley de Comuna Autónoma convirtió a San Antonio en una comuna independiente de Copiapó, que contaba en esa época con cementerio, escuelas, capellanía y otros servicios públicos, según detalla el historiador local Vidal Naveas Droguett.

El pueblo al que llegaron Jennifer Cecilia Novoa Novoa (31) y Sandy Karina Bernal Nieto (26) más de un siglo después distaba mucho de aquel desarrollado asentamiento rural de principios de siglo XX: sin retén de Carabineros, servicios de atención médica o jardines infantiles, lo único que ofrece el pueblo hasta hoy es una escuela rural, la G-105 de San Antonio, y una antigua iglesia.

De acuerdo a los datos del último Censo 2017, en la comuna de Tierra Amarilla habitan actualmente 14 mil personas. De ese total, un 29 por ciento corresponde a población rural y la mayoría de los trabajadores y trabajadoras de la zona se desempeñan en el sector primario de la economía, es decir, actividades extractivas como la minería y la agricultura. En San Antonio, la mayoría vive del trabajo agrícola, como empleados de alguna empresa, desarrollando su propio negocio o dedicándose a proveer a los trabajadores y trabajadoras que se internan en el valle cada temporada.

Una buena parte de los cambios que ha experimentado la localidad y zonas aledañas ha tenido que ver con el establecimiento de un modelo productivo que se caracteriza por explotar recursos naturales y ofrecer empleos precarios a una población que de otra forma tendría escasas posibilidades de obtener trabajo.

Desde principios hasta mediados del siglo XX, conocidos empresarios de la zona, herederos de los grandes terratenientes de antaño, gozaban de generosos terrenos agrícolas. Las parras del valle de Copiapó desarrollaban la uva pisquera y convivían con distintos cultivos hasta que llegó la década del '80 con la introducción de monocultivos en desmedro de la antigua diversidad de productos agrícolas que se obtenían en la zona. El negocio de la uva de exportación se inauguró por esos años bajo la guía de la conocida familia Prohens en Copiapó y la inserción de empresarios afuerinos. El más destacado de ellos: Sergio Ruiz Tagle Humeres.

Según la historia de la Frutícola y Exportadora Ruiz Tagle (RUTA), el empresario comenzó su carrera exportadora a fines de los años '50 comercializando fruta de terceros, y en 1962 empezó a trabajar con su propia producción de uvas, manzanas y peras en la zona de Polpaico, Región Metropolitana. Más tarde adquirió un predio en Curicó, Región del Maule, y a fines de los '70 se expandió hacia el norte adquiriendo terrenos en el valle del río Copiapó para producir uva de exportación. En un contexto de profundas transformaciones económicas y sociales beneficiosas para el empresariado, la familia Ruiz Tagle y muchas otras iniciaron su incursión en los valles nortinos y centrales, transformando para siempre aquellas zonas.

El golpe de Estado del 11 de septiembre de 1973 fue el punto de inicio de las grandes transformaciones económicas, políticas y sociales que marcaron al país. Tras décadas de organización sindical campesina al alero de la Reforma Agraria, el medio rural vio desvanecerse todas sus conquistas rápidamente tras el golpe militar. Mediante decretos punitivos y persecución a dirigentes sindicales, la dictadura militar inició el proceso de contrarreforma que castigó la sindicalización y devolvió parte de los terrenos a antiguos latifundistas. En el marco de una política económica neoliberal centrada en la apertura comercial hacia el exterior, empresarios extranjeros y nacionales -como Ruiz Tagle- adquirieron los predios agrícolas a bajo costo y los utilizaron para desarrollar monocultivos de exportación.

Además de las políticas económicas, la modernización de la empresa agrícola fue otro factor fundamental en el desarrollo de las grandes frutícolas exportadoras nacionales y transnacionales. La industrialización de procesos productivos e incorporación de herramientas tecnológicas para la producción sirvieron de incentivo para el crecimiento de la agroindustria. El empresariado también tenía a su haber dos recursos fundamentales garantizados por el Estado: la concentración de tierras y la privatización del agua, normalizada gracias al Código de Aguas promulgado en 1981 y vigente hasta hoy.

En este escenario, el 17 de mayo de 1983 los hermanos Sergio y Gabriel Ruiz Tagle Correa entraron en el negocio de su padre e inscribieron en el Registro de Comercio de Santiago la empresa

Frutícola y Exportadora Atacama Limitada. Actualmente, la empresa es una de las más importantes del valle de Copiapó. Cuenta con 950 hectáreas repartidas por la zona, operando seis plantaciones: Viña del Cerro, Hornitos, Buenos Aires, Las Terrazas, Nantoco y Las Pintadas; cuatro fundos *packings*: Nantoco, Las Terrazas, Las Compuertas y Viña El Cerro 1 y 2; y dos frigoríficos: Nantoco y Las Compuertas. Las labores allí son diversas y se desarrollan de acuerdo al ciclo de la uva. En Viña Del Cerro, emplazado en la ruta C-35, kilómetro 62, San Antonio, se desempeñan alrededor de 400 trabajadores y trabajadoras divididos en cosecheros, embaladores, pesadores, *palletizadores*, gasificadores, *packing*, abocadores, enhuinchadores, supervisores, jefes, administradores, tractoristas, coloseros, etc.

La temporada que concentra la mayor cantidad de trabajadores y trabajadoras es la cosecha o “el verde”, como se le conoce coloquialmente a la época estival. Entre noviembre y abril, miles de temporeros y temporeras se encaminan al valle a trabajar y los hombres suelen desempeñarse en la labor más dura: subirse a cortar racimos de uva y llenar cajas, mientras que las mujeres son más requeridas para trabajar en los *packing* embalando la uva seleccionada para la exportación.

A pesar de lo extenuante de las jornadas de cosecha, al igual que Sandy y Jennifer, miles de hombres y mujeres prefieren desempeñarse en ese trabajo de modo de asegurar buenos salarios al final de la temporada y capear las dificultades económicas del resto del año. La labor consiste en subirse sobre un piso, conocido como “loro” en la jerga agrícola, cortar la fruta que está lista y en buenas condiciones, limpiarla, botar los desechos y depositar la buena en cajas.

“Emancipación precaria²”

Según las estadísticas de la Cámara Nacional de Comercio, Servicios y Turismo de Chile, durante 2017 Chile exportó 4.748 millones de dólares en productos frutícolas. El 26 por ciento de esa producción corresponde a uva de mesa, lo que la convierte en el producto frutícola más

² Concepto acuñado por la académica Ximena Valdés para revelar la tensión entre independencia económica y precarias condiciones laborales de las temporeras. En Valdés, X. (2010).

importante en millones de dólares exportados. Sin embargo, la significativa cifra no se condice con la realidad material de quienes se desempeñan como mano de obra en las labores de producción. Publicaciones periodísticas, investigaciones académicas, informes internacionales y demandas de las propias organizaciones de trabajadoras agrícolas dan cuenta de las precarias condiciones laborales a las que se enfrentan³.

Ximena Valdés Subercaseaux es geógrafa y Doctora en Estudios Latinoamericanos, y en los '90 participó como co-fundadora y directora del Centro de Estudios para el Desarrollo de la Mujer (CEDEM). Desde comienzos de la década de los '80, la académica ha investigado sobre ruralidad, relaciones laborales y de género, fundamentalmente en el trabajo agrícola de temporada. De acuerdo a su investigación, existe actualmente una “nueva ruralidad” que se genera en este proceso de transformaciones caracterizado por tres elementos centrales: la flexibilización laboral a través del aumento del empleo temporal, la feminización del mercado de trabajo y las migraciones tanto locales como internacionales en busca de mejores salarios.

No existen estadísticas claras, unívocas y actualizadas en relación a asalariados agrícolas en Chile. De acuerdo al boletín de empleo en agricultura, silvicultura y pesca del primer trimestre de 2018, entre enero y marzo hubo 845.074 ocupados en este sector de la economía, lo que representa un 10 por ciento del empleo a nivel nacional. Según los datos de la Oficina de Estudios y Políticas Agrarias (ODEPA), del total de asalariados en el sector, un 42,6 por ciento trabaja con contrato permanente y el 57,4 por ciento restante lo hace de forma temporal. Al incorporar el género como factor de medición, las cifras revelan que del total de empleados permanentes sólo un 13,5 por ciento corresponde a mujeres, mientras que bajo la modalidad temporal el porcentaje de trabajadoras aumenta a 38 por ciento.

Según el catastro laboral agrícola actualizado por la ODEPA el año 2012, el sueldo líquido diario en el sector frutícola de exportación aumenta de sur a norte, estableciéndose un promedio de \$20.886 en la región de Atacama, mientras que en La Araucanía alcanza \$8.122. Las diferencias salariales y demanda de mano de obra obligan a temporeras y temporeros del sur a emigrar hacia

³ Revisar textos 1, 2, 8, 12, 13,14, 15 de la bibliografía y artículos periodísticos 1 y 2.

zonas que ofrecen mejores salarios. Ximena Valdés señala en su artículo “Trabajo temporal, familias y género” que “la inclusión precaria e inestable en el mercado de trabajo deriva en que no es el empleo el que incluye a los trabajadores de manera estable, sino en que son los trabajadores los que buscan trabajo desplazándose de empresa o lugar, región o país, a objeto de lograr empleo o prolongar el tiempo de asalarización para generar mayor frecuencia de ingresos”.

El estudio “Empleo y condiciones de trabajo de mujeres temporeras agrícolas”, encargado por la Organización de las Naciones Unidas para la Alimentación y la Agricultura (FAO), mostró en 2012 que las mujeres representan cerca del 31 por ciento de la fuerza laboral temporal agrícola en el país, con cifras que bordean las 100.000 y 150.000, aproximadamente. El informe realizado por la investigadora chilena Pamela Caro caracteriza las condiciones de empleo agrícola y revela que entre 1990 y 2009 la cantidad de fuerza laboral femenina en el sector agrícola aumentó 142 por ciento, dando cuenta de la incorporación exponencial de las mujeres a este mercado de trabajo.

Ximena Valdés explica que el fenómeno de feminización de las labores agrícolas tiene su origen en la alta tasa de cesantía durante comienzos de los años ‘80. “Con el golpe de Estado se liberaliza la economía, los militares quieren a la mujer en la casa, pero el discurso no tiene nada que ver con la práctica porque se desmantela la base de la sociedad industrial, que son las industrias, y la clase obrera queda en un 40 por ciento de población masculina cesante”, explica.

Frente a la creciente necesidad de generar ingresos para los hogares, la inserción laboral femenina comienza a desarrollarse al alero de un creciente requerimiento de mano de obra especializada para labores puntuales dentro del proceso productivo agrícola: el trabajo de selección y embalaje de fruta. Los roles de género y la socialización a los que son sometidos hombres y mujeres indican que mientras los varones se caracterizan por la fuerza bruta, las mujeres poseen cualidades como la delicadeza y destreza en el trabajo manual. En función de esa premisa comienza a masificarse el trabajo agrícola femenino.

La nueva ruralidad post dictadura entrelaza entonces transformaciones radicales en el ámbito laboral con el sostenido aumento del empleo temporal y precarias condiciones laborales, además de un cambio de paradigma social en relación al rol de las mujeres. A juicio de Valdés, este cambio

de modelo no se sostiene sólo en políticas económicas sino que viene de la mano de una transformación social y cultural marcada por el término de la familia conyugal como única posibilidad para las mujeres. A partir de la democratización del país crece la jefatura de hogar femenina, la independencia económica de las mujeres y la autonomía. Sin embargo, los costos materiales que deben pagar son altos.

El artículo “Condiciones de trabajo de las temporeras agrícolas en América Latina y el Caribe” de la Organización Internacional del Trabajo (OIT) develó que durante 2012, al 81 por ciento de las asalariadas no se les pagó por vacaciones en Chile; el 36 por ciento no recibió el pago de días de enfermedad; el 4 por ciento no contó con cotización previsional y de salud; y el 20 por ciento no recibió el pago por seguro de cesantía. Además, el 50 por ciento de las temporeras no cuenta con permisos por maternidad y el 96,6 por ciento no tiene acceso a servicios de guarderías. Cifras preocupantes considerando que la mayor cantidad de temporeras corresponden a mujeres en edad reproductiva y en el 66 por ciento de los casos pertenecen a hogares donde viven niños menores de 15 años.

“Es complejo definir bien el lugar, el papel y la condición de la trabajadora agrícola, porque por un lado se emancipa de la tutela familiar, pero por otro lado se subordina a leyes de mercado laboral, que son brutales. Eso hay que tratar de definirlo, cómo la libertad en la vida privada no se corresponde con el bienestar que puede dar un trabajo que está poco regulado, poco formalizado, que no tiene protección, ¿qué pueden hacer?”, se pregunta Ximena Valdés.

La académica define esa tensión entre la autonomía familiar y económica de las mujeres y las precarias condiciones laborales como “emancipación precaria”. En el artículo “Acción colectiva y resistencia: asalariadas agrícolas frente a la precarización laboral”, publicado por la revista Izquierdas en 2017, Valdés describe: “(...) el salario de las mujeres, aunque logrado bajo deficientes condiciones laborales y largas jornadas, las dota de autonomía y libertad, lo que produce cambios en los patrones de autoridad en la familia, tensionando los fundamentos del patriarcado: el control masculino sobre las mujeres. Los costos de tales transformaciones son altos: extenuantes jornadas laborales, migraciones para ‘hacerse el salario’, padecimientos laborales que a menudo se traducen en formas de ‘ganarse la vida para perderla’”.

Además, en el mismo texto la geógrafa analiza las transformaciones en el ámbito cultural y social respecto del rol de la mujer y las trabas para la obtención de mayores derechos laborales. Mientras los discursos públicos promueven y valoran la incorporación de mujeres al mercado laboral, no se reconoce a las trabajadoras como sujetos de derechos: “En este contexto, se favorece y promueve el trabajo de las mujeres -para combatir la pobreza e incentivar su autonomía-, ocultando el hecho de que las temporeras trabajan intensiva y temporalmente en la agricultura, cuando el estatus de trabajo se ha devaluado y ha desaparecido el ‘compromiso social del capitalismo industrial’”.

Derecho a sospechar

Luego de que tres aluviones azotaran San Antonio durante la madrugada del 25 de marzo de 2015, los relatos de sobrevivientes se convirtieron en una verdadera bomba de tiempo para la empresa de los Ruiz Tagle Correa. La primera alarma la encendió la nota periodística de Televisión Nacional de Chile que alertó sobre temporeras encerradas al interior del campamento La Capilla. Los medios nacionales que se trasladaron a San Antonio se esmeraron en encontrar relatos que ratificaran o desmintieran el rumor. Es difícil entender cómo o cuándo la acusación de trabajadoras durmiendo bajo un cierre perimetral con un portón cerrado se transformó en un *container* desaparecido con temporeras encerradas con candado al interior. Sin embargo, sucedió.

Tan alto fue el escándalo que la propia presidenta Michelle Bachelet se refirió al hecho desde La Moneda. “Hasta ahora no se ha encontrado ningún *container* con personas o vacío que pueda responder a esta situación (...) Paralelamente, la Dirección del Trabajo ha enviado al director del Trabajo regional para verificar si existiera esta situación o no. Hasta ahora -y están en la zona buscando- no hay ninguna evidencia de esta situación”, declaró Bachelet el 28 de marzo de 2015 a la salida de un Consejo Operativo de Emergencia por la catástrofe.

El gerente de la empresa, Horacio Parra, y el administrador de La Capilla, Raúl Robles, declararon a la prensa que las mujeres no dormían en *containers* sino en construcciones de material ligero que contaban con cerraduras en las puertas, las que cada una manejaba con su llave

personal. Trabajadoras agrícolas que dormían en el campamento lo confirman. El problema, no obstante, es que el cierre perimetral del campamento tenía una sola entrada que estaba permanentemente vigilada por un guardia y ninguna salida adicional. Juan Carlos Vergara era el encargado del portón la madrugada del 25. Esa entrada funcionaba con un horario y se cerraba de lunes a viernes a las 11 de la noche y a las 12 los fines de semana.

Alejandra Díaz, sobreviviente de La Capilla, relata que esa noche salió de madrugada a ayudar a una amiga frente al campamento y niega que haya existido alguna reja con llave antes de la entrada. “Nosotras teníamos un portón de entrada en el campamento de mujeres -del lado de los hombres también tenían una puerta- y eso que dicen que la puerta estaba cerrada es totalmente mentira porque yo fui la primera en salir y la puerta yo la abrí”, explica. Sin embargo, para muchos lugareños la duda permanece.

En definitiva, el saldo oficial en La Capilla fue de dos trabajadoras inicialmente desaparecidas y luego fallecidas: Sandy Bernal y Jennifer Novoa. El resto de trabajadores y trabajadoras heridas, en *shock* o con graves trastornos postraumáticos, sobrevivieron.

Más allá del rumor sobre trabajadoras encerradas, una serie de acusaciones y antecedentes contra la empresa salieron a la luz tras el hecho. De acuerdo al Poder Judicial, la empresa Frutícola y Exportadora Atacama Ltda. contabiliza 206 juicios laborales desde el inicio de la Reforma Procesal Laboral en 2008 hasta la actualidad y la mayoría de ellos corresponden a desafuero maternal, despidos indebidos y cobro de prestaciones laborales, todas prácticas comunes en las empresas de la zona.

La Asociación Nacional de Mujeres Rurales e Indígenas (ANAMURI) lleva 20 años luchando por condiciones de vida y trabajo dignas para las mujeres de la tierra. Formada originalmente por dirigentes descolgadas de la Confederación Campesina Ranquil y la Coordinadora Nacional Sindical, desde 1998 en adelante ha levantado diversas campañas, investigaciones y denuncias contra la violencia que enfrentan las mujeres rurales y la indiferencia estatal al respecto. Alicia Muñoz, una de las fundadoras y actual presidenta de ANAMURI, cuenta que la relación de las

trabajadoras organizadas con las grandes frutícolas siempre ha sido conflictiva, sobre todo en la zona norte y tras el aluvión. “La plata siempre manda”, asegura.

Desde el año 2009, ANAMURI constituyó una experiencia reivindicativa simbólica llamada “Tribunales Éticos” que se realizan cada 25 de noviembre en el marco del Día Internacional contra la Violencia hacia las Mujeres y dentro de la campaña mundial impulsada por la Coordinadora Latinoamericana de Organizaciones del Campo (CLOC) y la Vía Campesina Internacional el año 2008. De acuerdo a la propia definición de ANAMURI, los Tribunales Éticos nacen para “diagnosticar, juzgar y difundir las indignas e inhumanas condiciones en que laboran las asalariadas agrícolas”.

El año 2015, tras el aluvión, decidieron levantar un Tribunal Ético regional el día 26 de agosto en Copiapó bajo el llamado “¡Los desastres climáticos dejaron al descubierto cómo los sistemas de trabajo violentan y esclavizan a las mujeres trabajadoras, ¡No más Capitalismo, No más Patriarcado!⁴”. En aquella ocasión, la trabajadora agrícola Claudia Contreras, que se encontraba en el campamento La Capilla la madrugada del 25 de marzo, relató la noche de terror que vivió y denunció a los dueños de la empresa por actuar negligente previo y posterior a la tragedia.

Claudia detalló que durante dos días la empresa no se hizo cargo de los trabajadores y trabajadoras heridas y desaparecidas y que recién el viernes 27 llegó Horacio Parra, gerente de la empresa, en un helicóptero. “Le dio instrucciones a don Raúl, bajó unos bidones de agua y cuando iba a subir al helicóptero todos se abalanzaron a pedirle explicaciones por la poca preocupación de la empresa y que además teníamos compañeros desaparecidos y ellos no hacían nada, ¿por qué no avisaron que estábamos en peligro, que casi morimos todos?, ¿para qué tenían guardias? Él estaba asustado y nos dijo que sólo teníamos que esperar, se fue y ni siquiera llevó a los heridos que quedaban”.

Claudia y su marido relataron que la tarde del viernes 27 recién algunas mujeres pudieron bajar de San Antonio en camionetas. “Cuando llegamos a la casa central de la Frutícola Atacama fueron

⁴ Reproducción íntegra del mensaje de ANAMURI y RATMURI para convocar al Tribunal Ético en Copiapó.

muy fríos, nos dieron un plato de comida, una tenida de ropa usada y nos mandaron a los buses, todo muy rápido, sentí que ellos querían deshacerse de nosotros rápidamente (...) cuando mi bus se completó, Álex Ardiles nos comunicó que el bus pasaría por La Serena, que allá nos darían una colación y 50 mil pesos, los cuales nos serían descontados, que el jueves 2 de abril nos depositarían nuestros sueldos y después se comunicarían por el finiquito. No pude dormir en todo el camino por los ruidos y encierro que me recordaba lo vivido, pasamos a La Serena con destino a Santiago. Hasta el día de hoy, 25 de abril, no me han llamado para nada, estoy con un psicólogo y un pastor que me ayudan a vivir con todo”⁵.

“¿Por qué tenemos que quedarnos con la versión de la empresa?”, se pregunta Alicia. Los antecedentes sobre las prácticas y condiciones laborales de trabajadoras agrícolas en la zona dan derecho a sospechar.

Paralelo a la creación de ANAMURI, la Red Atacameña de Mujeres Rurales e Indígenas (RATMURI) se formó de manera autónoma, aunque actualmente es parte de la asociación nacional y trabajan en conjunto. Su presidenta, Florencia Aróstica, explica que a partir del Plan Laboral instaurado por José Piñera durante la dictadura militar, las condiciones laborales de las trabajadoras del agro sufrieron un duro revés. “Con la denominada ‘Ley del Piso’ comienza una etapa donde las mujeres no tienen ninguna garantía: tenían que llevar su alimentación, no tenían comedores, no les daban agua, protector solar, no había baños. Cuando nace ANAMURI y RATMURI hicimos una investigación de las condiciones de trabajo y nos encontramos con que las mujeres tenían que ir al baño entre los árboles o en una acequia”, detalla Florencia.

A lo largo de los años, el trabajo de RATMURI ha conseguido que se implementen medidas mínimas para los temporeros y temporeras, como tener baños a 70 metros de las zonas de trabajo, dos litros diarios de agua garantizados por la empresa y bloqueador solar. Todas conquistas logradas a partir de la organización y en abierta disputa con los dueños de las grandes empresas. Sin embargo, Florencia cuenta que la fiscalización es precaria y es difícil garantizar que las

⁵ Relato escrito por Claudia Contreras y leído por ella misma el 26 de abril en el Tribunal Ético de Atacama. Consignado íntegramente en “Tribunal Ético. Las agresiones contra la biodiversidad también es violencia contra las mujeres. Asociación Nacional de Mujeres Rurales e Indígenas (ANAMURI), Santiago, 2017.

empresas cumplan a cabalidad con la ley, sobre todo en lo que refiere al uso racional de horas extras, medidas de seguridad e infraestructura y pago adecuado de salarios.

“Lo que la ley autoriza es trabajar ocho horas diarias más dos extras, o sea diez horas máximo, pero hay mujeres que trabajan 16 (...)”, asegura. Por último, Florencia denuncia que las empresas del valle se organizan y “hacen listas negras con las dirigentas, no las contratan más si saben que son ‘soplonas’. Las empresas se pasan la voz”.

A partir de su experiencia investigando en territorios agrícolas, Ximena Valdés no tiene dudas al señalar que “los empresarios hacen lo que quieren”. Del mismo modo, Florencia Aróstica y Alicia Muñoz son aún más críticas en relación al rol que han tenido en la precarización e impedimento para que los trabajadores, y especialmente las trabajadoras, tengan acceso a mejores condiciones laborales. Aseguran que están acostumbrados a burlar la ley, de modo que traspasan todos los límites éticos sin arriesgar sanción alguna. La presidenta de RATMURI explica que en caso de existir sanciones, “las multas son irrisorias, el empresario prefiere pagar la multa antes que cumplir la ley porque no son proporcionales”.

El patrón invisible

Mientras los aluviones del Norte Chico acaparaban todos los titulares, los cuerpos de Sandy Bernal y Jennifer Novoa aún no aparecían y las máximas autoridades políticas trabajaban en la emergencia, el viernes 27 de marzo de 2015 la Fiscalía Nacional Económica logró dar un importante paso para desbaratar la colusión del papel higiénico, que durante 11 años benefició a las empresas CMPC Tissue y SCA -ex PISA- en perjuicio de todos los consumidores.

La Fiscalía informó de oficio el inicio de la investigación por la colusión de papel higiénico en diciembre de 2014. Para abril del año siguiente estaba anunciado el envío de un nuevo proyecto de ley que buscaba endurecer las penas para las empresas que incurrieran en delitos económicos contra la libre competencia. En ese escenario, el viernes 27 de marzo “La Papelera” de la familia Matte, como es conocida la Compañía Manufacturera de Papeles y Cartones (CMPC), decidió acogerse al

beneficio de “delación compensada”, admitiendo prácticas anticompetitivas de mercado y comprometiéndose a colaborar con la investigación.

Meses más tarde, la investigación develó que a principios del año 2000 Gabriel Ruiz Tagle, propietario en ese entonces de Papeles Industriales S.A (PISA), sostuvo una serie de reuniones con Jorge Morel Bulicic, ex gerente general de CMPC Tissue, subsidiaria de la CMPC, en las cuales se habría comenzado a fraguar el acuerdo para evitar bajas en los precios de los productos y, por lo tanto, la reducción de sus utilidades.

El año 2003, con el acuerdo ya en curso, la papelera sueca SCA adquirió el 50 por ciento de la empresa de Ruiz-Tagle y el 2012 se efectuó la compra total de la empresa, con lo que desapareció PISA y se transformó íntegramente en SCA. Pese a que Ruiz-Tagle intentó desligarse de la empresa, los hechos determinaron que la colusión del papel higiénico se sostuvo durante 11 años a través de escabrosos métodos –computadores lanzados al canal San Carlos incluidos– y que el acuerdo comenzó cuando Gabriel Ruiz-Tagle era dueño exclusivo de PISA.

Más conocido como empresario que como político, en octubre de 2015 Gabriel Ruiz Tagle, entonces ministro del Deporte, preparaba su primera incursión electoral como candidato a la alcaldía de Providencia, cuyas intenciones había anunciado en enero de ese año. Pese a que el barro que lo enlodó en marzo ya había secado, nuevas acusaciones frustraron la intención del empresario.

El 28 de octubre, un reportaje de Canal 13 develó la investigación que la Fiscalía Nacional Económica llevaba contra los empresarios Matte y Ruiz Tagle por la colusión de papel higiénico. El golpe se produjo sólo un mes después de que la Contraloría General de la República objetara rendiciones de gastos realizados durante los Juegos Suramericanos Santiago 2014 (ODESUR), mientras Gabriel Ruiz Tagle se desempeñaba como director del Instituto Nacional de Deportes (IND).

El informe de Contraloría indicaba que había gastos de más de \$4 mil millones que no se encontraban debidamente justificados por la institución. De acuerdo a un reportaje de CIPER del 29 de octubre de 2015, los gastos no rendidos incluían honorarios sin contrato, pagos en exceso,

rendiciones faltantes y simplemente dinero perdido. El escándalo se sumó a otra objeción de Contraloría por \$800 millones mal rendidos para la realización del Rally Dakar 2014, también bajo la dirección de Ruiz Tagle. Tras la salida del empresario del IND, la institución determinó llevar a la justicia el cobro de más de \$1.480 millones cuyos plazos de rendición estaban totalmente caducados.

Así las cosas, el 1 de noviembre Ruiz Tagle, militante de la Unión Demócrata Independiente (UDI), anunció que no competiría en las primarias de su colectividad para llegar a la alcaldía de Providencia. Negando en todo momento las acusaciones de colusión, anunció que buscaría “abocarme a que quede claramente establecida mi total inocencia”.

El 2017, la justicia determinó que CMPC Tissue y SCA se coludieron durante 11 años y condenó a esta última a pagar una multa de 20 mil Unidades Tributarias Anuales (UTA), equivalentes a US\$18,3 millones. La CMPC, en tanto, estableció un acuerdo conciliatorio con el Servicio Nacional del Consumidor según el cual todos los mayores de 18 años recibirán \$7 mil en compensación.

A principios de 2018, una inesperada y estratégica maniobra al interior de la Sociedad Anónima Blanco y Negro, administradora del club de fútbol Colo-Colo, le permitió a Gabriel Ruiz Tagle volver como presidente del club. Tras años lejos de la opinión pública, hoy Gabriel ha vuelto a la escena.

JENNIFER

Eran los primeros días de marzo de 2015 y la cosecha de uva estaba a punto de terminar. Con ello se ponía fin a la temporada y podrían tomarse un descanso. Alejandra y Jennifer llevaban siete meses de relación y tenían todo arreglado para irse a arrendar juntas a Angol, donde se reunirían con la pequeña hija de Jennifer. Pese al término de la cosecha, Alejandra era de las pocas trabajadoras que tenía el privilegio de un contrato indefinido y podía permanecer trabajando el resto

del año a diferencia de la enorme cantidad de trabajadoras agrícolas que trabajan “a trato”, por temporada. Sin embargo, esta vez se marcharía con Jenny.

Se conocieron a fines del 2013, cuando Jennifer Novoa decidió probar suerte por primera vez en el norte. Viajó junto a una amiga de Angol 1.370 kilómetros para trabajar en la región de Atacama. Durante esa temporada divisó a Alejandra, de aspecto intimidante y fama de jefa dura. La Jana había empezado su vida en los fundos a los 12 años trabajando en Ovalle, su tierra natal. Llevaba 15 en el valle y era una entendida en el agro. Jennifer, en cambio, había terminado sus estudios superiores y de la uva sabía poco y nada. No le gustaba estar encerrada, no soportaba tener que rendir cuentas y quedarse en una oficina. Por eso prefirió la aventura, las amigas y el buen sueldo de la fruta.

Ambas vivían en el campamento La Capilla de la Frutícola Atacama, Alejandra en una instalación para supervisoras y Jennifer en una de las piezas comunes, ambas hechas de material ligero y habilitadas para cuatro personas. Esa tarde un hombre irrumpió en la habitación de Alejandra.

- ¿Y la Jenny?

- Estará en su pieza, po’.

- Mañana tienen que ir a la oficina las dos -ordenó el campamentero.

- ¿Y de qué se me acusa ahora? -lo increpó Alejandra.

- No, no sé -dijo el mensajero y salió de la pieza.

Alejandra, indignada, caminó a buscar a Jennifer a su pieza. “Jenny, mañana tenemos que estar a las ocho en la oficina”, le dijo seca a su pareja. “¡¿Qué le pasó ahora a ese viejo *culiao*?!”.

A la mañana siguiente, Raúl Robles, administrador del campamento La Capilla, las esperaba en su oficina. A las ocho en punto un saludo de buenos días y una pregunta tajante interrumpieron sus primeras labores.

-¿Qué pasó? -preguntó firme Alejandra.

-Usted sabe lo que pasó, po’ -replicó el administrador con mirada fija, intentando conseguir una confesión.

-No, yo no sé qué pasa, si usted me está llamando. ¿Qué es lo que pasa, po'?' ¿De qué se me acusa ahora? -soltó Alejandra cada vez más enojada.

Alejandra sabía que la citación de Robles tenía que ver con su vida personal, con conflictos con sus compañeras, y no estaba dispuesta a tolerarlo. "La señora Gabriela Campos dijo que usted dormía con la Jenny en la pieza", se atrevió a decir por fin Robles. Ella sintió cómo la rabia le subía por la sangre, Jenny permanecía callada a su lado.

Con 34 años y casi una vida entera dedicada al trabajo agrícola de temporada, Alejandra Díaz tenía experiencia en conflictos del estilo. Por eso, al inicio de la faena decidieron arrendar una habitación en Copiapó para descansar cada fin de semana luego de la extenuante semana laboral. Las personalidades de ambas contrastaban: Alejandra era supervisora en la empresa, tenía una larga trayectoria en el trabajo y era conocida por ser estricta y de pocos amigos. A Jennifer, en cambio, la caracterizaban su sentido del humor, espontaneidad e indiferencia frente a la opinión del resto sobre su vida personal.

“Sí, somos pareja. ¿Y me viene a huevear ahora, que se va a terminar la temporada? Mi vida personal es mía y la manejo yo, y yo si quiero hacer algo no lo voy a andar haciendo delante de otra gente, si no soy desubicada”, lanzó Alejandra llorando de rabia. Lo que siguió fue una larga discusión con Raúl Robles para desmentir otra serie de acusaciones en su contra.

La lealtad de Alejandra con la empresa se sostenía fundamentalmente en la seguridad laboral y confianza mutua, por eso le dolía tanto la conversación con Raúl. Jennifer discrepaba: “Tú da' i todo por la empresa y ellos no dan nada por ti”, le recriminaba.

Adelaida Sánchez nació en Puerto Natales hace casi 80 años, su padre era militar y a los pocos años de su nacimiento fue trasladado a Cañete, región del Biobío. Allí hizo su vida adulta y se casó. Producto de su primer matrimonio tuvo tres hijos: Aurora, Eliecer y Héctor Cifuentes. Enrique Novoa nació en Los Álamos, cerca de Lebu, en 1942. Trabajó 18 años en la minería y luego de un primer matrimonio frustrado conoció a Adelaida. En ese entonces él tenía dos niñas: Rosa y Eliet.

Para cuando ellos empezaron su relación, los hijos de Adelaida eran adolescentes. Aurora tenía alrededor de 16 años cuando quedó embarazada, se casó e hizo su vida alejada de su madre. Eliecer se mudó a casa de una tía y Héctor permaneció al lado de su madre. La pareja se quedó a cargo de las dos niñas de Enrique y el hijo menor de Adelaida. Sin embargo, los años hicieron que la convivencia se volviera difícil y Héctor fue enviado a vivir a casa de su abuela paterna. Con las dos niñas de Enrique a cargo, Adelaida y su pareja se mudaron de Lebu a vivir a Angol.

Instalados, a mediados de la década de los '70 la pareja tuvo a su primera y única hija en común: Claudia Novoa Sánchez.

Al tiempo, Héctor Cifuentes llegó a trabajar a Angol. Tenía 21 años cuando se precipitó sobre su hermanastra Rosa y la violó, dejándola embarazada cuando ella tenía 16. Para Adelaida resultó imposible creer que su hijo menor hubiese violado a su hija y decidió pensar para siempre que Rosa simplemente intentaba encubrir a alguien, al verdadero responsable de ese embarazo que, bajo ninguna circunstancia, podía ser su hijo.

Jennifer Cecilia Novoa Novoa nació el 3 de marzo de 1984, cuando Rosa era apenas una niña. Adelaida y Enrique se convirtieron en sus verdaderos papás y la criaron junto a Claudia; eran prácticamente hermanas. Pese a la cercanía etaria, Claudia siempre le marcó a su sobrina distancia y respeto. “Nunca dejé que me tuteara, siempre le marqué que soy la tía porque es muy *barsa*”, cuenta hoy Claudia.

Jenny creció llena de amor en una casa en el sector de Nahuelbuta en Angol, rodeada de parajes verdes, lluvia y olor a leña. Claudia le ayudaba a estudiar y hacer las tareas mientras Adelaida y Enrique la consentían y adoraban. Cuando Jennifer tenía ocho años, Rosa se casó y se fue a vivir con su esposo. Aunque pasaron los años, ella no volvió a tener más hijos.

Para la educación media Jennifer ingresó al Liceo Comercial de Angol, cuya dirección estaba a cargo del actual alcalde, Enrique Neira Neira. Durante su estadía en el liceo, Jenny estableció una muy buena relación con el director y el año 2008 trabajó arduamente en su campaña junto a tres compañeras. Repartían volantes, panfletos, recorrían las calles y a cambio el alcalde Neira les

prometía considerarlas para algún trabajo si salía electo. Los resultados del domingo 26 de octubre del 2008 pusieron a Neira en la alcaldía, sin embargo, Jenny y sus amigas se quedaron esperando alguna oportunidad. Sus abuelos cuentan con frustración que la única respuesta que recibió Jennifer fue “deje su currículum por aquí, no más”. Nada pasó.

Por esos años, Jenny se dedicaba a vender ropa. No tenía claro qué hacer con su futuro y bromeaba sobre modelar y salir en la tele. Le parecía que así la vida podía ser más fácil.

Claudia recuerda que antes de terminar la enseñanza media quería entrar a una institución de las Fuerzas Armadas, pero no pudo hacerlo porque se hizo un tatuaje. “Si quiere una cosa por qué hace esto otro, si sabe que no se puede”, le decía Claudia a su sobrina. Jenny se había tatuado una rosa grande en uno de sus brazos. “Me lo hice ahora porque está de moda”, respondía y le aseguraba que antes de postular iba a ir al hospital a quitárselo. Pese a que no postuló a ninguna institución armada, sí decidió quitarse ese tatuaje e iniciar un tratamiento con caracoles para remover las marcas de la cicatriz. “Mi mamá le tenía un criadero de caracoles en la casa para que se los pusiera, le caminaron y qué sé yo”, narra Claudia entre risas.

Preocupados por su futuro, Adelaida y Enrique decidieron costearle un curso de Inspectoría General en el Instituto Santo Tomás. Soñaban con que fuera profesional y tuviera un buen trabajo. Pese a los esfuerzos de su familia, Jenny nunca logró trabajar en un colegio y sus abuelos se enrabiaron durante años pensando que si el alcalde hubiese cumplido su promesa, quizás “su chiquilla” todavía estaría viva. Pero a Jennifer el enojo le duró poco. “Era su Kike”, recuerda Claudia hoy día.

“Nosotros también estábamos enojados con él, pero después ya. Las cosas, cuando tienen que pasar, pasan, quizás era su destino que no trabajara en otra cosa, irse para allá”, dice Adelaida. Mientras, Enrique aún niega con la cabeza. No oculta que deseaba otra cosa para su nieta.

Era verano y el sol rebotaba en el cemento copiapino. El centro de la ciudad está compuesto por apenas unas cuantas intersecciones de calle, servicios públicos y algunas multitiendas. Jennifer

Novoa disfrutaba un fin de semana en la ciudad después de estar de lunes a viernes cortando parras en el valle. La acompañaba Paulette Ríos y el resto del grupo de buenas amigas de Angol que viajaban al norte a trabajar en la uva. Temporeras, choras y mal vestidas, no las miraban con buenos ojos cuando vitrineaban en las tiendas. En una ocasión a alguien se le ocurrió preguntar por unos zapatos marca Caterpillar: “no, no hay”, respondió la vendedora, pese a que los zapatos estaban frente a los ojos de todas. “Ya, Jenny, anda tú sola”, la alentaron sus amigas. Ella, de estatura media y bonita figura, entró a la tienda y sus amigas vieron de afuera cómo la sentaban y le probaban los zapatos. “Vieja *culiá*” protestaban las chiquillas entre ellas, mientras la Jenny salía muerta de la risa.

Es que ella era distinta, “era como la más educada de nosotras”, cuenta su mejor amiga, la Pole. “Igual era quebrada la *hueona*, si comía puro pan con paté”, dice riendo.

Ese grupo de amigas se empezó a formar en la Agrícola Framparque de Angol. Con 22 años, necesidades y pocos planes, Jennifer Novoa vio en el trabajo de la fruta una buena opción laboral: disfrutaba con sus amigas y ganaba algo de dinero. En ese lugar conoció a Paulette y a su grupo de amigas temporeras, con las que compartió más de 10 años.

Pese a que al comienzo no se llevaban nada de bien, durante ese trabajo Paulette y Jennifer desarrollaron confianza, compartieron sus historias personales y se hicieron buenas amigas. A diferencia de la Pole, Jenny tenía estudios, había terminado la enseñanza media en un liceo técnico y además había hecho su curso de inspectora. “Era tonta la Jenny, si ella era profesional, pero le gustaba más la adrenalina de la pega, trabajar entre amigas”, explica Paulette.

Por esos años el sueldo mínimo rondaba los 120 mil pesos, demasiado bajo como para sortear las jornadas laborales largas y agotadoras. Claudia cuenta que los turnos eran extenuantes, la jornada empezaba alrededor de las cinco de la mañana, cuando el bus que las acercaba al frigorífico las pasaba a buscar. Ahí se movían todo el día de línea en línea empaquetando distintos tipos de frutas hasta la tarde noche. Las amigas decidieron cambiarse de fundo a otra frutícola de la zona y así comenzaron el peregrinaje en busca de mejores condiciones laborales.

Jenny se esmeraba en el trabajo, pero se entretenía con las amigas.

Un día Adelaida estaba preocupada, llamaba y llamaba a su nieta sin encontrar respuesta. Pensó que quizás Jenny se había ido a quedar con su “Nana” Rosa, pero tampoco estaba ahí. “De repente, como a las cinco y tanto llegó a la casa, venía bien *chamusqueá*”, cuenta su abuela. “¿Hija, qué le pasó?”, preguntó ella preocupada, “nada, mamita, después le cuento”, respondió Jenny antes de ir a acostarse. En ese tiempo Enrique Novoa trabajaba de guardia en el Juzgado de Familia de Angol, terminaba su turno cuando unos colegas le comentaron que una niña que parecía “decentita” había pasado tambaleándose. “Estas cabras jóvenes...”, regañaba Enrique aún sin saber que se trataba de su nieta. Ella los besaba, los apretaba, se reían y no había molestia que durara.

Claudia recuerda una ocasión cuando Jennifer tenía menos de ocho años y salió con su mamá Rosa a pasear por el centro. Al regreso, la pequeña venía feliz con un coche de muñecas. “¿Le compraste un coche?”, se sorprendieron Adelaida y Enrique en la casa. Rosa confesó que sin notarlo, Jenny vio el coche y lo sacó de la tienda. Enrique se puso furioso y partieron las dos a devolver el coche.

Cuando Jennifer ya era grande, él, un hombre extremadamente correcto, no veía con tan buenos ojos las amistades, las juergas y el trabajo temporal. Menos aún cuando a Jenny se le ocurrió irse al norte todo el verano a trabajar.

Una de las mayores del grupo de amigas le sugirió irse al norte, allá se ganaba y se pasaba bien. Johanna Cárdenas llevaba más años que sus amigas trabajando la fruta, había estado ya en la Frutícola Atacama y conocía el trabajo de la uva. Ese primer año que Jennifer se fue al norte, Paulette no la pudo acompañar, llegó a trabajar de anotadora a la empresa de los Ruiz Tagle Correa y la diferencia salarial, la aventura y sus amigas la convencieron de regresar.

Al año siguiente Paulette viajó con Jenny. “¿Cómo va’i a trabajar de anotadora?”, le dijo. El turno fijo implicaba un horario y un salario determinados, por lo tanto, no existía la posibilidad de trabajar más horas y hacer más dinero. Juntas se metieron a trabajar “a trato” antes de que empezara la temporada de cosecha, les tocó desempeñarse en el cepillado y el deshoje, labores que son en general más lentas y no tan bien pagadas como la cosecha de uva. Ellas, lentas, novatas y despreocupadas no se estresaron laborando. Sin embargo, a fin de mes estaban con ataque: habían

ganado 170 mil pesos, mientras que las más avezadas del grupo ostentaban sueldos sobre los 600 mil pesos. Juntas hacían bromas sobre su pésimo desempeño.

Tanta era la diferencia con el resto que les costaba creerlo. Un día, observando, se dieron cuenta de que sus compañeras y compañeros fumaban marihuana y aparentemente eso los hacía trabajar más rápido. “Era una cosa de que ellos se fumaban el *cuete* y volaban, y nosotras con la Jenny éramos tan lentas que dijimos: ‘hermana, ¿por qué no probamos con un pito?’”, cuenta Paulette. Ambas fueron a comprar y haciendo uso de sus horas extra se pusieron a fumar cuando ya no quedaba nadie en el sector. Lejos de ayudarlas a trabajar la uva más rápido, Jennifer y Paulette se demoraron mucho más de lo habitual. “¡Estuvimos una hora en una mata!, ¡una hora! Después nos íbamos pa’l campamento y mirábamos para todos lados, andábamos perseguidas de que nos andaban siguiendo. Nosotras no servíamos pa’ esa cosa”, recuerda entre risas Paulette.

Si mientras vivían en Angol eran amigas y salían juntas de fiesta, durante los tres años que se mantuvieron viajando al norte se volvieron completamente inseparables. Trabajaban en Copiapó en el verano y regresaban a Angol a trabajar en las manzanas en invierno. Además de compartir el sentido del humor y la ciudad natal, en Copiapó ambas sumaron otra cosa en común: se enamoraron. Paulette conoció a su actual pareja, con quien está próxima a tener su segundo hijo, mientras que Jennifer se emparejó con la Jana.

Pese a que Claudia tenía ocho años cuando nació Jennifer, nunca dudó de la veracidad de la historia que contó su hermana Rosa y tampoco se esmeró por ocultar el desprecio que sentía por Héctor Cifuentes. Jennifer sabía quién era él, en más de alguna ocasión visitó a su abuela Adelaida y existía ahí una confusa relación familiar. Él jamás admitió que Jennifer fuera su hija, “la rechazó, la menospreció siempre”, asegura Claudia. Sin embargo, él y Jennifer tenían claro que eran padre e hija.

Jennifer Novoa tenía 21 años y estaba sola en su casa. Su abuelo trabajaba y su abuela había salido. Héctor Cifuentes, su padre biológico, la encontró, la golpeó, la amenazó y la violó.

Probablemente sólo ella supo cuánto se repitieron los abusos, pero lo cierto es que en aquella ocasión Jennifer quedó embarazada.

Para ese entonces Claudia ya se había ido a hacer su vida a Concepción, estaba casada y tenía tres hijas. La llamada de Angol la alertó y partió de inmediato a la casa de sus padres a enfrentar a Héctor. Estaban todos reunidos, incluso él junto a su pareja de esos años. Claudia no lo podía creer, “¿¿violaste a mi hermana y ahora a tu hija?!”. Su respuesta la dejó aún más atónita y llena de rabia: “sí, ¿y qué?”. Después de años de odio mutuo, Claudia se prometió que esta vez sería diferente, le juró no descansar hasta verlo seco en la cárcel.

Jennifer estaba decidida a denunciarlo y Claudia cuenta que inició un proceso judicial, aunque actualmente el registro de causas unificadas de los tribunales y juzgados de La Araucanía no arrojan ningún proceso en contra de Héctor Wunebaldo Cifuentes Sánchez por el delito de violación. En medio de ese proceso, un examen de ADN obligó a Adelaida a creer la versión de Rosa: Jennifer era hija de Héctor y el fruto de esa violación, también.

Adelaida reconoce que cuando Jennifer quedó embarazada la castigó y se fue obligada a vivir a la casa de su mamá. Luego de 21 años abandonaba la vida con sus abuelos.

Los peligros de ser mujer y su propia historia le enseñaron a Jennifer desde pequeña a ser precavida y saber reaccionar frente a una violación. Su tía Claudia le había señalado con detalle el procedimiento en caso de que “le pasara algo”: no bañarse, realizar la denuncia de inmediato e ir al hospital a hacerse exámenes. “¿Qué pasó con todo lo que conversamos, Jenny?”, le preguntó Claudia a su sobrina tras enterarse de lo sucedido. “¿Qué pasó?”. Ese mismo año la Fiscalía Nacional recepcionó un total de 15.504 delitos sexuales. Según los datos del Sistema AUPOL de Carabineros de Chile, hubo 2.037 denuncias de violación en el país, de esas, 1.938 fueron hechas por mujeres. De acuerdo al Ministerio Público, entre 2007 y 2016, 12 mujeres y un hombre fueron víctimas de violación al día.

Aunque parece irrisorio, de acuerdo a la versión de Claudia Novoa el juez le dio a Jennifer dos opciones: encarcelar a su violador u obligarlo a hacerse cargo económicamente de su hija. Ella no

tenía dudas, lo quería ver preso. Sin embargo, Adelaida le rogó que por favor no lo hiciera y ella accedió. La hija de Jennifer lleva los apellidos Cifuentes Sánchez, aunque el 8 de junio de 2015 la justicia ordenó que la tutoría legal de la niña estuviera a cargo de su abuela Rosa Novoa.

Tras la muerte de Jenny afloraron todas las culpas, pero ya era tarde. Hasta el día de hoy Claudia es la única que habla directamente del tema y la única que admite haberle creído y apoyado a Jennifer siempre. Consultada sobre el momento en que su nieta abandonó la casa embarazada, Adelaida Sánchez se quiebra y lamenta: “todavía me arrepiento, pero yo sé que ella me perdonó”.

“Oye Jenny, ¿tú por qué esta’i conmigo?”, le preguntaba Alejandra a su pareja. “Me gusta estar contigo, po’, me encanta como tú *soy*, estoy bien así yo”. Jennifer y Alejandra compartían dos vidas: una trabajando y viviendo en La Capilla y otra los fines de semana arrendando una pieza en Copiapó. Pese a que la mayor parte de los trabajadores y trabajadoras que las conocían sabían que eran pareja, Alejandra prefería no demostrar su afecto en público. A Jenny, en cambio, no le importaba demasiado y se colgaba de su cuello, le daba besos, la abrazaba.

La rutina se repetía a diario, Alejandra despertaba, llamaba a Jennifer para que se levantara, se duchaba, la iba a buscar y salían juntas. La Jana siempre con el pelo mojado y la Jenny, siempre atrasada. “Ya, po’, Jenny, no te apura’i nunca, yo tengo que irme”, le dijo un día Alejandra molesta y se fue. Jennifer, enojadísima por no recibir el beso cotidiano, hizo un berrinche y, por supuesto, consiguió la atención y el cariño de su novia.

Después de la jornada laboral se sentaban afuera de la pieza o en el único paradero que hay en San Antonio, compraban algunas cervezas y se quedaban horas conversando las dos solas. A Jennifer ya no le parecía tan entretenido irse de fiesta con sus amigas, prefería pasar las noches con la Jana, tomando cerveza, jugando, haciendo cualquier cosa. Su distanciamiento le costó algunas relaciones de amistad por un lado y acercarse más a Paulette por otro; ambas estaban en la misma, se entendían y se acompañaban. “Nosotras éramos otro estilo ya, no éramos ya esas que iban a leer, éramos fomes para el resto, pero andábamos en nuestra salsa”, explica la Pole. A veces, en las noches Jenny se iba a la pieza de Alejandra a jugar con el celular, se turnaban, se reían; Alejandra

se preocupaba de que no llegara tarde, de ayudarle a lavar la ropa o derechamente lavársela y tenerle todo listo. “A mí no me interesaba el resto, mi mundo era ella: yo y ella”, recuerda Alejandra entre pensamientos revueltos. Divaga, se acuerda de su risa, se ríe y vuelve a ponerse seria. Explica que quizás hace unos meses no hubiese accedido a conversar de la Jenny, pero con el paso del tiempo ha aprendido a vivir más tranquila con los recuerdos y heridas del pasado.

En Copiapó descansaban no sólo del desgaste físico, también de la extenuante vida en campamento en una localidad tan rural y alejada como San Antonio. “Hay que estar aquí, hay que echarle y ser cuero de chanco”, explica Alejandra, sobre todo para las madres que se alejan de sus hijos. Hace algunos años ni siquiera había señal de teléfono en San Antonio, irse a vivir al campamento era desaparecer y alejarse del mundo, de la familia, del hogar. “La gente dice: ‘se van y ganan plata’ y sí, se gana plata, pero ¿cuánto se trabaja?”.

El lunes 23 de marzo de 2015 Alejandra Díaz faltó al trabajo, algo inusual en ella, supervisora con años de experiencia en la Frutícola Atacama y estricta por excelencia. La noche anterior la había pasado junto a su pareja en la pieza que arrendaban en Copiapó, pero a diferencia de las veces anteriores, esta vez no llegaron a tiempo a tomar el bus hacia el fundo. Ese domingo la Jana no podía conciliar el sueño, se sentía extraña y se puso a llorar sin motivo aparente. Jennifer, preocupada, intentó calmarla, pero su novia no quería que la tocara. Alejandra se fue al sillón y permaneció ahí hasta que sintió cómo una sombra le pasaba por los pies. Asustada, regresó a la pieza con Jenny. “Bah, llegaste de nuevo solita”. Conversaron hasta que Alejandra se tranquilizó y luego Jennifer empezó a hablar de su hija. No quería que el marido de su prima fuera el padrino pero ella sí la madrina, le comentó a Alejandra y conversaron un rato.

Cuando ya todo parecía haber pasado, Alejandra de nuevo comenzó con dolores de cabeza y llanto. “¿Pero qué te pasa?”, le insistía Jennifer, sin embargo, Alejandra no podía explicarlo. Al día siguiente se quedaron dormidas y subieron tarde al valle. En San Antonio llovía fuerte, tan fuerte que el martes 24 fueron a firmar el libro temprano y las devolvieron a las piezas. El día transcurrió lento, se fueron a acostar a la pieza de la Jana, vieron tele. Eran las 11 de la mañana cuando sonó el celular de Jennifer: “¿Cómo está, hija?”, preguntó Adelaida del otro lado del teléfono.

- Bien, mamita, estoy feliz.
- ¿Por qué, hija?
- Porque estoy acostada, está lloviendo, así que ojalá siga lloviendo.
- Ya hija, siga descansando entonces, la quiero mucho.
- Yo también, mamita.

La conversación no duró demasiado. Más tarde se levantaron, caminaron al pueblo y Alejandra se encontró con una amiga del lugar cortando leña. “Tengo miedo de que baje esa quebrada, negra”, le comentó su amiga. “No, si aquí no pasa nada”, la tranquilizó Alejandra. Compraron sopaipillas y se fueron de vuelta al campamento. Para el atardecer la lluvia había aumentado, rayos y truenos resonaban fuerte en los cerros y llamaban la atención de los trabajadores y trabajadoras. Jennifer y Alejandra decidieron salir a mirar. Cuando ya era pasada la una de la mañana, parecían ser las únicas en pie en el campamento observando el extraño fenómeno. Jennifer se le colgó del cuello y le dio un beso a Alejandra, sin notar que justo una de las trabajadoras de *packing* venía saliendo del baño y las observó. “¿Qué mira’i, *hueona*?, ¿acaso nunca hay visto dos mujeres dándose un beso?”, la increpó Jennifer sin delicadeza. “¡Cállate, Jenny!”, la contuvo con un dejo de ironía Alejandra. Se fueron a acostar.

Más tarde la lluvia se volvió preocupantemente fuerte. Alrededor de las dos de la madrugada Alejandra se levantó y fue a la pieza de su novia. “Jenny, me estoy lloviendo”, le dijo cada vez más alterada. Caminaron juntas a la pieza de Alejandra, donde dormía también María López. Jenny la ayudó a voltear la cama y decidieron pasar la noche juntas ahí. Poco antes de las tres de la madrugada Alejandra se levantó nerviosa, llovía a cántaros y recordó a su amiga Mariela. Los truenos hacían vibrar las habitaciones cuando un fuerte ruido la asustó. “Jana, ¿para dónde va’i?”, le preguntó Jennifer asustada. “Voy donde la Mariela, algo pasa”. Alejandra abrió la reja de división entre el campamento de hombres y mujeres y salió del campamento. Frente a sus ojos vio una ola inmensa de barro que bajaba entre la oscuridad. “¡Jana, ayúdame!, ¡mis niñas, mis niñas!” gritaba su amiga. Un poste del alumbrado eléctrico empezó a tambalearse justo frente a la casa donde vivía su hermano. “¡Checa!, ¡Checa, sal de ahí!” fue lo único que alcanzó a gritar antes de correr a toda prisa de vuelta al campamento a advertir a sus compañeras del peligro.

"¡Salgan de las piezas! ¡Salgan de las piezas que bajaron las quebradas!".

SANDY

Terminaba el año 2014 y Wilson Illatarqui intentaba acostumbrarse al clima seco y sol caliente del valle de Copiapó. Había llegado a principio de año junto a su esposa Luana desde Tarapoto, una ciudad de la selva norte del Perú, ambos alentados por su sobrina Sandy a encontrar mejores oportunidades laborales. Wilson se unió al resto de su familia e ingresó al fundo Las Terrazas de la Frutícola Atacama a cortar racimos de uva en los tiempos de cosecha. Compartía labores con Soledad Nieto y su hija Sandy Bernal, con Gino Illatarqui, medio hermano de Soledad y primo suyo, y la señora Paula Nieto, madre de Soledad y Gino.

Wilson sentía que su cuerpo no estaba adaptado para las condiciones extremas del trabajo agrícola. Estar de pie todo el día sobre un pequeño piso cortando uvas hasta no sentir las manos no era una labor de rápida costumbre y la jornada laboral se le hacía extenuante. Cada día retornaba agotado a su casa en el sector de Paipote, contiguo a Copiapó, donde vivía junto a su esposa Luana Pnaife y su pequeña hija en casa de su hermana Flor. El resto de la familia se alojaba en el campamento del fundo.

El reencuentro con sus viejos familiares de Tacna no resultó tan agradable. De entrada, se topó con un rumor que lo dejó inquieto: Soledad negaba que Sandy fuera su hija y él no lograba entender por qué. “Oye, Sole, pero si la Sandy no lo está haciendo a propósito”, le recriminaba Wilson a su prima cada vez que regañaba a Sandy por olvidar algo, por algún comentario inocente o cualquier cosa con la que Soledad no estuviera de acuerdo.

En un momento Wilson descubrió que cuando Sandy llegaba al casino su familia se paraba y se iba, evitando tener cualquier tipo de contacto con ella porque se avergonzaban de su forma de ser. Luana compartía la preocupación de su esposo y en más de alguna ocasión increpó a Soledad: “¿por qué a ti te da vergüenza la Sandy? Yo me sentiría orgullosa de tener una hija señorita, joven, ¿tú por qué tienes vergüenza?”, le dijo un día mientras cocinaban en Paipote. “Ay, es que ella se

comporta como una tonta”, respondió Soledad. “Tú la pariste, parece que no fueras su madre”, le replicó Luana, molesta, mientras Sandy escuchaba música en un sillón. “¿Es que no la ves cómo es? Se comporta como una tonta”, soltó duramente Soledad hastiando la paciencia de Luana, que le pedía que no se refiriera así a su hija. Cada vez que Sandy se percataba de las discusiones de ambas le agradecía a su tía por defenderla.

Wilson pasó su infancia y adolescencia en Tacna junto a todos sus familiares hasta que conoció a su esposa y emigraron a la ciudad natal de ella, Tarapoto, para probar suerte con la venta y reventa de motos. Antes de casarse, Luana había conocido a Sandy y aunque no guardaban una especial cercanía, mantenían el contacto por Facebook y conversaban de vez en cuando. Fue por esa vía que los convenció de irse a Copiapó. “Véngase, tío, igual vamos a estar en familia y el trabajo no es algo tan pesado”, los alentaba Sandy hasta que decidieron partir a Chile.

Al percatarse del mal trato que tenían Gino, Paula y Soledad con Sandy, Wilson y Luana se convirtieron en un verdadero refugio para ella. Su tía era quien la ayudaba a elegir ropa y le daba consejos frente a cualquier situación, mientras que su tío la defendía ante los comentarios y actitudes de la familia.

En el fundo Las Terrazas, Sandy compartía casi exclusivamente con su novio Pascual Ingala, un joven boliviano al que conoció en el valle y con el que llevaba una relación de varios meses. Los tratos de Pascual también inquietaban a Wilson. En una ocasión, mientras se esforzaban por cortar rápido y llenar la mayor cantidad de cajas posibles, Wilson se dio cuenta de que Pascual apuraba a su sobrina en malos términos. “Oiga, Pascual, si usted tiene prisa apúrese usted, no más y déjela a la Sandy tranquila”, le ordenó. El joven boliviano, de extremadamente pocas palabras, solamente lo miró.

La confianza que generó Sandy con Luana le permitió al matrimonio Illatarqui Pnaife enterarse de más cosas respecto a la relación de Sandy con Pascual. Les preocupaba que él fuera tan celoso, que Sandy no pudiera ni siquiera usar un celular o vestirse como quisiera. “Esa no es la confianza que tiene que haber en una pareja”, le decía Luana a su sobrina. Al tiempo, Sandy le hizo caso, se

compró un celular moderno con el que se sacaba fotos para su Facebook y empezó a vestirse más libre. Los cambios incomodaron a su novio y cerca del fin de la temporada, a inicios de marzo, convenció a Sandy de irse con él a probar suerte a otro fundo más al interior del valle y, sobre todo, lejos de Wilson y el resto de la familia.

El sol había caído en Tacna cuando un grito ordenó a los hermanos Illatarqui Nieto ir a regar los terrenos de la casa. Era mediados de los '80 en el Perú y cuatro familias emparentadas compartían una chacra de seis cuadras donde tenían cada una su casa. Nadie se salvaba del trabajo madrugador y era tarea de lo más pequeños cambiar la “toma” para el riego, que básicamente consistía en mover una piedra que daba cauce al agua y regaba por inundación las parcelas. Wilson Illatarqui tenía nueve años y junto a sus hermanas Paty y Flor cumplían esta función de acuerdo a las órdenes de su padre.

En medio del riego Wilson escuchó un grito: “¡acá hay una niña que está llorando!”, dijo un hombre preocupado. Combinando enclenques primeros pasos y un seguro gateo, Sandy Bernal, de tan sólo un año, atravesó cuadras enteras sin que nadie lo notara, hasta que un vecino la encontró embarrada cerca de unos perros callejeros y fue a alertar a la familia. Wilson corrió al lugar y se la llevó en brazos de vuelta a casa.

Sandy Bernal Nieto vivía en la chacra alternando de casa en casa: a veces al cuidado de su abuela Paula o de su tía abuela Tina, aunque quienes más se preocupaban de su bienestar eran sus pequeños tíos, los niños. Su madre, Soledad Nieto, quedó embarazada a los 17 años cuando aún estaba en el colegio, mientras que su padre, David Bernal, decidió no hacerse cargo de ella desde el primer minuto. Soledad trajo a su hija al mundo sólo con el apoyo de su madre, Paula, debido a que el resto de la familia veía con malos ojos un embarazo fuera del matrimonio.

Sandy heredó de pequeña el rechazo que su propia madre vivió al no ser hija del mismo padre que su hermano Gino. No ser Illatarqui fue un golpe duro para Soledad y su rebeldía generó el

inmediato rechazo de su padrastro, José, y sus tías. Los apremios del trabajo, el rechazo y la adolescencia llevaron a Soledad a emigrar a Lima sin previo aviso y sin llevarse con ella a Sandy cuando esta tenía un año.

Una encomienda con dulces y galletas fue la única señal de Soledad al comienzo. En Lima encontró trabajo vendiendo cintas de cassettes -muy de moda por ese entonces-, conoció a otro hombre y se embarazó de su segundo hijo, Marcos. Sandy tenía cinco años cuando su madre regresó para llevársela a la capital e iniciar todos juntos una nueva vida. Sin embargo, algunos meses después el padre de Marcos los abandonó.

El sueldo de Soledad no le permitía mantener a sus dos hijos, por lo que decidió separarse nuevamente de ellos y dejarlos en Tacna al cuidado de su tía Tina. Sandy tenía nueve y Marcos cuatro años cuando volvieron a casa de su tía abuela. Entre tanto, su madre se las arreglaba como podía para pagar una pieza en Lima cada fin de mes.

La vida volvió a cambiar para Soledad cuando conoció a Humberto, su tercera y definitiva pareja. Con un nuevo embarazo a cuestas decidió seguir a su pareja a Piura, cerca de la frontera con Ecuador, y radicarse ahí junto a Sandy y Marcos. Una amiga le llevó a sus dos hijos a la capital y juntos emprendieron rumbo a la ciudad nortina para empezar de nuevo. Allí nació Estefany, la tercera hermana, y los mayores comenzaron a asistir al colegio. Entrada en la adolescencia, Sandy encontró cierta estabilidad, comenzó a hacer amigas, a crecer y también a tener conflictos.

La relación con Humberto siempre fue complicada para los hermanos. A diferencia de Estefany, Sandy y Marcos tenían claro que cargaban una deuda constante con su padrastro, que tiempo después tuvo dos hijos más con Soledad. El jefe de hogar jamás disimuló su preferencia por los suyos, por quienes llevaban su misma sangre. Sandy y Marcos sufrieron las represalias y malos tratos de Humberto, mientras que Soledad se esforzaba por protegerlos a ambos y al mismo tiempo no disgustar a su pareja. Hoy afirma con claridad que “un padrastro nunca va a ver bien a una hijastra”.

Cuando Sandy cumplió 16 años, una angustia persiguió a Soledad. Su hija ya cursaba la secundaria y no podía escapar de la idea de que en Piura “a las niñas se la roban”, una forma de decir que inician relaciones de pareja. Ya sabía de compañeras de escuela de Sandy que estaban embarazadas y para Soledad esa era una marca que no permitiría heredarle a su hija. Más convencida que nunca, envió a Sandy a vivir a Tacna nuevamente. “Ella estaba enamorándose y yo le dije: no. ¿Ya cuántos hijos hubiese tenido? Mejor la hubiese dejado no más tener hijos, capaz viva ¿no? Quién sabe lo que iba a pasar”, reflexiona Soledad.

Alegando que el trabajo estaba malo en Las Terrazas, Sandy y Pascual partieron hacia el interior del valle. Wilson mantuvo la sospecha de que esa no era la causa verdadera del desplazamiento porque sabía que cada vez que Sandy hablaba con sus compañeros de trabajo o incluso cuando viajaba a Paipote a ver a su familia, Pascual se alarmaba y le recriminaba que lo estaba engañando.

Ambos se fueron a Nantoco, lejos de la familia Illatarqui Nieto y de los compañeros de trabajo que representaban una amenaza para Pascual Ingala. Sin embargo, al tiempo después migraron nuevamente, esta vez al predio Villa María de la Frutícola y Exportadora Ruiz Tagle (RUTA) y posteriormente a Viña El Cerro, fundo de la Frutícola Atacama ubicado hacia la cordillera. Ahí trabajaron hasta el 25 de marzo de 2015.

A principio de ese mes Sandy se comunicó con Luana para contarle sus problemas con Pascual; necesitaba desahogarse y su tía era la única persona en la que confiaba. "Lo que pasa es que él no quiere que converse con nadie, quiere que esté así, seria, seria, seria, solamente concentrada en lo que estoy haciendo", soltó Sandy. Su tía le aconsejó que conversaran para de a poco ir generando confianza mutua.

Ese día Sandy le contó que en varias oportunidades Pascual la pateó y le tiró el pelo. Luana le dijo inmediatamente a su sobrina que tenía que conversar con Soledad. “No, tía, no le digas eso a mi mamá”, le rogaba. “Yo le voy a contar”, le advertía Luana convencida de que Soledad debía defender a su hija. Sin embargo, hasta el día de hoy nunca sostuvo esa conversación con Soledad

porque sabía que la confianza que había entre ambas no podía ser transgredida. Aquel día Luana aconsejó seriamente a su sobrina: "hija, si él te pega, te maltrata, no te quiere. Una persona, si conversa, puede pasar un problema, pero al levantarte la mano no, pues, eso no, no permitas, porque si no te va a suceder siempre. Te va a levantar la mano, hasta te puede hacer otra cosa más grave".

Además de alejarla de su familia y de sus compañeros de trabajo, Pascual le informó a Sandy que él administraría el sueldo de ambos. En reiteradas ocasiones Sandy quiso comprarse un helado o una bebida después del trabajo, pero Pascual se negaba a darle su dinero, alentándola a tomar agua. "¿Por qué tienes que darle tu plata?, ¿por qué te tiene que prohibir?", le decía Luana a su sobrina recalcándole que ese era el dinero de su esfuerzo.

Incluso Pascual le negaba el dinero a Sandy cuando quería bajar a Paipote a ver a su familia los fines de semana. "Él no tiene por qué prohibirte, es tu familia, no tiene ni un derecho de prohibirte eso, eso mucho menos", le explicaba Wilson a su sobrina, agregando que él le pagaría los 2.500 pesos que costaba el pasaje desde el campamento hasta Paipote. Ni así Pascual la dejaba ir siempre donde sus tíos porque pensaba que se reuniría con alguien más.

Tras la aparición del cuerpo de Sandy, Pascual decidió irse del campamento La Capilla. Nadie sabe muy bien a dónde, no se le conocieron familiares en la zona y en sus escasas visitas a la familia de Sandy sólo mencionó unos familiares en Arica. Cuando supo de su partida, Luana lo buscó para increparlo por la violencia que ejerció sobre su sobrina, sin embargo, Soledad la frenó. "No, no le digas nada", le dijo a la esposa de su primo. Luana sabía que Soledad no conocía la historia completa y pese a sus insistencias, finalmente cedió.

Pascual Ingala se encuentra actualmente trabajando en el fundo Viña El Cerro.

Entre tanto ir y venir, terminando su adolescencia, Sandy Bernal Nieto se radicó en Tacna. Su familia se contradice respecto a fechas y cantidad de años, pero afirman con certeza que tras la

secundaria Sandy ingresó a estudios superiores en Tacna, mientras vivía con su abuela Paula en la misma chacra donde gateaba embarrada cuando tenía un año. Sin estar tan convencida decidió entrar a un instituto a estudiar Enfermería. Pese a que invirtió en todos los implementos necesarios para la carrera, duró sólo tres meses ahí: nunca le gustó estudiar y la salud no era lo suyo.

A los dos años de su vuelta a Tacna, Soledad regresó junto a Humberto y sus tres hijos desde Piura. Marcos se había distanciado de la familia años antes luego de que Flor Illatarqui, prima de Soledad, viajara prácticamente en secreto para llevarlo a vivir a Arequipa con su padre biológico, donde reside actualmente.

Por ese entonces Sandy se interesó en buscar a su papá. En su familia nunca le ocultaron la falta de interés de su parte, pero aún así ella deseaba verlo. Más por travesura que por cariño, Sandy se dejaba caer de vez en cuando en el trabajo de su padre, el Registro Nacional de Identificación y Estado Civil (RENIEC) del Perú, el símil del Servicio de Registro Civil e Identificación en Chile. “¿Para qué vas, hijita? Si tu papá no te da nada”, le reprochaba Paula a su nieta. Sin embargo, ella insistía. “No importa, lo voy a hacer quedar mal”, y partía al trabajo de su papá, lo buscaba por su nombre y lo abrazaba frente a la perplejidad del resto de trabajadores que conocían a David Saúl.

El único encuentro que tuvieron cuando Sandy era pequeña se produjo por accidente cuando tenía seis años y vivía en Lima. En una ocasión regresó con su madre a Tacna y se encontraron con David Saúl en la calle. Él le compró una mochila, unos útiles escolares y desapareció. Pese a las dificultades económicas y familiares por las que atravesó Soledad, optó por nunca pedirle nada.

Luego de su fallida incursión en los estudios de enfermería, Sandy decidió probar suerte con algo que sí le gustaba. Desde pequeña había mostrado un talento innato para dibujar, pasaba ratos sola en su habitación haciendo trazos, dibujando personajes enamorados inspirados en la animación japonesa. La afición por el animé la acompañó hasta grande e intentó hacer de su talento natural con la pintura una fuente de ingresos. Hizo un curso de cosmetología donde aprendió a cortar el pelo, hacer la pedicure y manicure, y descubrió que gozaba pintando uñas con diseños en pequeños

puestos y ferias. Se le ocurrió poner un salón de manicure propio, pero para eso necesitaba ahorrar y en Tacna no le alcanzaba.

La incursión de los Illatarqui Nieto en tierras chilenas empezó por los años 2009 - 2010. Flor Illatarqui fue la primera que decidió cruzar la frontera para quedarse viviendo en Chile. Soledad no recuerda exactamente cuándo llegó a Copiapó, pero estima que debe haber sido el 2012, cuando su prima le comentó que había trabajo, a diferencia de Tacna, donde se las arreglaba vendiendo ropa. No lo pensó dos veces pues las deudas bancarias la perseguían y no tenía cómo pagar.

Soledad Nieto llegó a Copiapó durante el mes de marzo y encontró trabajo como auxiliar de aseo en un colegio, ganando el sueldo mínimo. No hay claridad respecto a la fecha en que Sandy Bernal Nieto llegó a Copiapó: su madre dice que la fue a buscar y regresaron juntas en el mes de octubre a trabajar al valle, pero su abuela asegura que también trabajó como auxiliar de aseo en el colegio copiapino apenas llegó.

Lo cierto es que luego de una primera incursión de Soledad por su cuenta, Sandy regresó con su mamá y juntas subieron al valle a trabajar en la uva. Unas amistades le pasaron el dato a Soledad para que tomaran un bus al fundo Las Terrazas, donde permanecieron la primera temporada (octubre - marzo). Posteriormente, volvieron a Tacna contentas por los ahorros que lograron conseguir. Al año siguiente decidieron repetir la experiencia llegando al inicio de la temporada de cosecha a Copiapó, pero esta vez no alcanzaron a tomar el bus hacia Las Terrazas y terminaron trabajando en Nantoco. Producto de ese pequeño accidente, Sandy conoció a Pascual Ingala tiempo después.

“Mamá, ya soy mayor de edad, déjame”, le dijo Sandy a Soledad y terminada la temporada agarró todas sus cosas para seguir a Pascual a Arica. La mayor parte de temporeros y temporeras jóvenes migran en búsqueda de trabajo una vez terminada la cosecha de la uva y ese era precisamente el caso de Pascual, que viajó al norte para desempeñarse en la poda de la aceituna. En Arica tenía familiares y junto con Sandy decidieron arrendar una pieza con los ahorros que tenía para poner su puesto de uñas.

Paula Nieto y Gino Illatarqui se sumaron a Soledad y para el inicio de la temporada 2014 - 2015 los Illatarqui Nieto estaban instalados en el valle. Flor recibió a su hermano Wilson junto con Luana y su hija en Paipote, Sandy y Pascual regresaron de Arica y todos se encontraron en el fundo Las Terrazas de la Frutícola Atacama.

Es la noche del martes 24 de marzo de 2015 en San Antonio y Sandy tiene miedo. Ha llovido todo el día, tanto que las faenas de cosecha de uva fueron suspendidas. La tarde anterior había posteado en su Facebook: “en copiapo va a llover tres días q horror y primera vez q veo este fenómeno de la naturaleza” (sic). La publicación permaneció sin respuesta alguna y a los 20 minutos ella misma agregó: “hay dios porq pasan estas cosas!!!!!!...” (sic). Su tía Luana tenía la costumbre de permanecer hasta tarde atenta a su celular y alrededor de la una de la madrugada Sandy le escribió por Messenger: “tía, está siendo muy fuerte acá, está lloviendo y me da miedo”.

Luana decidió hablar por teléfono con su sobrina. “Hija, acá también está lloviendo, pero no muy fuerte”, le dijo. Sandy estaba nerviosa por los truenos y porque tenía la impresión de que algo malo podía pasar. “No tengas miedo, hija, sé fuerte, reza mucho para que no suceda nada”, le contestó su tía por teléfono. Se despidieron y Luana se acostó a dormir. Una hora más tarde volvió a recibir un mensaje: “está lloviendo más y más fuerte”. Luana percibió el nerviosismo y se esforzó por permanecer despierta acompañando a su sobrina.

“Sandy, tengo mucho sueño, hija. Mira, si está lloviendo fuerte trata de que no pase nada malo, no vaya a suceder algo grave. Mantente atenta, con el celular en la mano y una linterna”, la aconsejó antes de caer rendida. “Bueno, tía”, respondió su sobrina y ambas se desconectaron. Esa fue la última conversación conocida de Sandy Karina Bernal Nieto antes de morir.

Antes de encontrar su cuerpo, la familia Illatarqui Nieto mantenía las esperanzas en que Sandy se hubiera ido a algún lado después del desastre. Llamaron a Tacna y a Arica buscando tener

noticias tuyas, pero no tuvieron éxito. Pese a que Pascual la buscaba insistentemente en el campamento, la familia de Sandy no perdía la fe. Luana estaba enterada de los planes de Sandy al finalizar esa temporada. “Me voy a ir a Santiago”, le había dicho a su tía poco tiempo antes. Soledad también estaba enterada de los planes de su hija, hace un tiempo sabía de una amistad extraña con un joven temporero y de su intención de escapar de los malos tratos de Pascual.

Luana intentaba aconsejar a Sandy para que hiciera lo correcto. “Si tú quieres irte con el chico trata de solucionar tus problemas, no le dejes así porque Pascual es capaz de hacer muchas cosas”, le advirtió. Ella prometió que lo haría. No obstante, la conversación volvió a repetirse tras no concretarse. Luana le insistía que terminara su relación de buena forma, pero Sandy estaba decidida: cuando terminara la temporada se marcharía en secreto a Santiago junto al joven.

Una semana después del aluvión, la tarde del 31 de marzo, su cuerpo fue hallado en el kilómetro 16 de la ruta C-35 que une a Copiapó con el valle. Las pericias de rigor arrojaron que Sandy murió a causa de una asfixia por inmersión en el marco de un “desastre masivo”. Wilson, Gino y Soledad estuvieron en el Servicio Médico Legal ese día, pero sólo Gino y Soledad quisieron verla. Ambos estaban destrozados.

Los peritajes sorprendieron a Soledad con la confirmación de un rumor que ya rondaba por La Capilla: Sandy estaba embarazada.

La semana anterior al aluvión se lo había confesado a Luana. “No es de Pascual, es del chico nuevo”, le contó Sandy angustiada. La noche del aluvión también conversaron sobre eso, Sandy se sentía avergonzada y tenía mucho miedo. La lluvia y los truenos la ponían nerviosa, pero la posibilidad de que Pascual o su madre supieran la verdad realmente la aterraba. Sandy hizo a su tía prometerle que nunca le diría nada a Soledad, pero Luana le contestó que algún día se iba a enterar porque ella tendría que contarle.

Los días siguientes al aluvión la familia regresó a Tacna por un tiempo. Wilson y Luana estaban en su pieza cuando entró Soledad: “dígame la verdad”, lanzó dirigiéndose a Luana. Ella lo negó

pese a la insistencia. Prefirió guardarle el secreto a su sobrina en honor a la confianza que siempre tuvieron.

EL FINAL DEL OTOÑO

Claudia Novoa Sánchez llegó el 31 de marzo de 2015 a Copiapó. Oriunda de Angol y viviendo hace muchos años en Concepción, los cerros de arena fina, el aire seco y el sol punzante le resultaban ajenos. Ese mismo día la llevaron al campamento y le explicaron con mapas y fotografías la disposición de las piezas en La Capilla. Casi al fondo del campamento, junto a un árbol se encontraba el lugar donde habían visto a Jennifer por última vez. Un metro y medio de barro seco cubría todo el terreno.

A partir de ese momento, Claudia se encomendó a su misión con una devoción que ella misma califica como “divina”. Todos los días se levantaba, desayunaba y a las siete de la mañana partía con un cargamento de botellas de agua acompañada por cuatro o cinco trabajadores voluntarios a recorrer las áridas tierras del valle. Diariamente caminaban entre siete a diez kilómetros removiendo escombros, ramas de árboles y hurgando en el barro. A las siete de la tarde se levantaban las labores de búsqueda y regresaba a descansar exhausta y frustrada. A diario llamaba a sus papás a Angol para informarles novedades y cada día le dolía más tomar el teléfono para decir “no encontramos nada”.

Tras varios días sin resultados, le ofrecieron la ayuda de una retroexcavadora. Sin embargo, esa operación traía consigo el riesgo de dañar el cuerpo durante la búsqueda. "Yo lo sé, pero no importa, si me la tengo que llevar en dos, tres partes, lo hago, pero lo único que quiero es llevármela y verla. Por favor, si encuentran algo, aunque sea una pierna, un brazo, un pedacito de algo, yo quiero verlo. Si es la cara de ella, yo la quiero ver, porque yo la puedo identificar, yo la conozco”, pedía Claudia a los funcionarios de rescate que la miraban con estupor. Hoy recuerda esos días con asombro. La única explicación que encuentra es que las oraciones y su fe en dios le entregaron fortaleza.

Con la ayuda de la retroexcavadora removieron cada metro de tierra en el campamento La Capilla y la única certeza que lograron tener fue que el cuerpo de Jennifer no se encontraba ahí.

El paso del tiempo inquietaba a Claudia: los rumores sobre macabros hallazgos de cuerpos cercenados llegaban con frecuencia a oídos del resto de la familia en Angol, la atención centrada inicialmente en San Antonio comenzaba a esfumarse y las necesidades materiales de ayuda y rescate también aumentaban en otras zonas del Norte Chico.

Movida por la desesperación y la fe, Claudia Novoa decidió contactar a dos videntes. La primera de ellas fue una señora de Purén que desde el primer momento le advirtió que no debía buscar a Jennifer entre las personas vivas. “Tú la vas a encontrar, te vas a ir de Copiapó con ella, pero no es el momento aún”, le aseguró la vidente. Cada día recogía pistas que le entregaba su aliada: lugares donde no perder el tiempo buscando, detalles de cómo había sido la tragedia y de lo que le había sucedido a Jenny durante la madrugada del 25 de marzo.

“Fueron tres aluviones: luego del primero ella quedó viva, pero atrapada. El segundo aluvión era más barro pesado que agua, ese la sumergió y se la llevó, arrastrándola varios kilómetros abajo, y ahí ella quedó enredada entre alambres, tablas y escombros. El tercer aluvión fue más fuerte y venía con más agua, ese ya la arrastra donde ella queda definitivamente”. Ese relato de la vidente se convirtió en una prueba de credibilidad a medida que personas cercanas comprobaban la veracidad de los hechos. La mujer detalló a Claudia que su sobrina se encontraba en un lugar oscuro y cubierta de agua en las inmediaciones de una pared de cemento. Además, le entregó dos referencias: palos blancos parecidos a cercos y algo de color rojo. En las zonas de viñedos los palos blancos se utilizan como guías para plantar los parronales, por lo que aquella descripción no logró ser la llave definitiva para encontrar a Jennifer. Sin embargo, Claudia la atesoró en su memoria y la compartió con los voluntarios que la ayudaban a buscar.

Dentro de todos los recursos técnicos y espirituales que se disponían para encontrar a Jennifer, Claudia constantemente recibía nuevas señales: visiones, llamadas telefónicas, versiones de gente que había tenido sueños con su sobrina. Rosa Novoa recibió una llamada de una persona que le aseguró haber visto a Jennifer llegar al mar y Claudia no dudó en alertar a su equipo de rescate. Sin embargo, entre San Antonio y la desembocadura del río Copiapó existen aproximadamente

130 kilómetros de distancia, por lo que las posibilidades de que su sobrina se encontrara allí eran nulas. Otra persona le aseguró que su cuerpo estaba en Chañaral, en la provincia aledaña a Copiapó, más de 230 kilómetros al norte. Pese a las escasas posibilidades de que Jenny estuviera tan lejos de San Antonio, su tía decidió probar suerte en la desembocadura del río Copiapó por su cuenta.

Puerto Viejo es una pequeña caleta nortina ubicada en la comuna de Caldera, donde se abre camino al mar el río que nace en los valles cordilleranos de la provincia de Copiapó. Estaban por cumplirse 20 días de búsqueda y las esperanzas de Claudia de llevarse el cuerpo de Jennifer a su tierra comenzaban a flaquear. La angolina tomó una micro en la carretera y viajó 90 kilómetros hasta Copiapó. Allí se dirigió a una oficina turística, pidió un mapa y que le explicaran cómo llegar a Puerto Viejo. Con vagas nociones del lugar se subió a un bus y se bajó en medio de una carretera desértica. Un camino lateral medianamente pavimentado indicaba hacia dónde estaba el mar, así que Claudia emprendió rumbo y caminó por horas, divisando nada más que arena y sol. Para su suerte, el único vehículo que pasó por el lugar se detuvo y le ofreció ayuda. Se trataba de una mujer que viajaba junto a su hija a dejar mercadería a Puerto Viejo. “Mira, si llegó algo, llegó por acá”, le dijeron señalándole con amabilidad un camino y le desearon suerte.

Claudia Novoa estaba completamente sola en medio del desierto empuñando un palo y decidida a encontrar el cuerpo de su sobrina que por ese entonces cumplía 20 días desaparecida.

La Panamericana es la carretera que atraviesa prácticamente todo el territorio chileno desde el límite con Perú en el norte hasta la ciudad de Quellón en la región de Los Lagos. El tramo norte entre Arica y La Serena bordea cerros, atraviesa pampas y desierto. Entre los 1.295 kilómetros que separan Copiapó de Tacna, Soledad ha pensado muchas cosas. Se debate entre la tranquilidad de por fin volver con Sandy a su ciudad natal y los dolores de cabeza, la angustia y la pena de hacer el viaje en una carroza funeraria. Es domingo 15 de octubre de 2017 y tras dos años de espera e interminables trámites, Sandy Karina Bernal Nieto es repatriada a Perú.

“Tu sueño se cumplió, estamos llevándola para allá”, alienta Paula a su hija Soledad. Ella está triste. “¿Qué querías?, ¿para qué has hecho tanto trámite entonces?”, insiste. “Vamos, mamá”, responde Soledad. Luego de 15 horas de viaje, Soledad y Paula llegaron antes de mediodía a su casa. Ahí velaron a Sandy hasta las cuatro de la tarde para luego enterrarla en el cementerio de la ciudad.

Durante la ceremonia fúnebre apareció David Saúl. El ausente padre fue uno de los que cargó el cajón con el cuerpo de Sandy y frente al pedido de la gente que estuvo en el funeral entregó algunas palabras en memoria de su hija. Sin embargo, para la familia directa de Sandy ya era demasiado tarde. Paula recuerda que pidió perdón y se sintió arrepentido. Gino asegura que le pesaba la conciencia.

Soledad siente que tras ese viaje cerró un ciclo. “Mis hijas van cada domingo a dejarle flores. Es nuestra costumbre tener a nuestros muertitos siempre con flores”, cuenta. Dos años y medio antes, cuando reconoció el cuerpo de su hija en el Servicio Médico Legal, las autoridades chilenas le ofrecieron dos opciones: cremar el cuerpo y trasladarlo a Perú inmediatamente o enterrarla en Copiapó y esperar dos años para iniciar los trámites de repatriación. Ella nunca dudó en su decisión porque para los Illatarqui Nieto los ritos y costumbres son importantes.

La tarde del 31 de marzo de 2015 el cuerpo de Sandy Bernal fue trasladado hasta el Cementerio General de Copiapó. En la pequeña capilla del lugar sus familiares que se encontraban en la ciudad y algunas amigas y compañeras de trabajo se reunieron para despedirla. La ceremonia fue corta y pequeña, no asistieron más de quince personas. Al día siguiente comenzó la lucha de la familia por repatriar el cuerpo lo antes posible.

Para el primer aniversario del aluvión, la empresa Frutícola Atacama organizó una actividad religiosa a la cual invitó a las familias de Sandy y Jennifer. En aquella ocasión se celebró un “vía crucis” de Semana Santa, recordando las 14 estaciones que atravesó Jesús antes de ser crucificado. La cruz inscrita con el nombre Sandy Bernal cuelga actualmente en el pequeño living de la casa que comparte Paula, Gino y ocasionalmente Soledad en el sector de Litoral Rojo en Copiapó.

Tras la muerte de Sandy, Soledad pasó un mes en Tacna y luego volvió a Copiapó por trabajo. Estar en la casa de Paipote le traía demasiados recuerdos, así que decidió sobrevivir el invierno trabajando el doble y estando el menor tiempo posible en el hogar. Con la llegada de la primavera escuchó que se estaba instalando una toma en el sector de Carlos Villalobos, hacia los cerros de Copiapó, y decidió mudarse ahí con su hermano y su mamá. Al tiempo le informaron que iban a urbanizar el sector y se le presentó la posibilidad de postular a un subsidio para vivienda de segundo uso. Así llegó a vivir en Litoral Rojo junto a Paula y Gino.

Hasta noviembre de 2017, Soledad y Paula seguían desempeñándose como temporeras de la Frutícola Atacama en el fundo Las Terrazas. Con el resto de su familia en Tacna, Soledad trabaja tres o cuatro meses y luego regresa a su ciudad hasta que la llaman de la frutícola para iniciar nuevas labores. Cuenta que desde el aluvión conserva muy buenas relaciones con la empresa. Aunque escuchó el rumor de que tenían a las trabajadoras encerradas en La Capilla, no cree que sea cierto. “Tengo entendido que a Sandy la agarró el agua y que ella podía haberse salvado, pero ayudó a otras niñas, eso me han dicho. Yo no quería escuchar tampoco, me *bajoneo* mucho, no puedo”. Por otra parte, asegura que con su familia se comprometieron a apoyarlas y correr con todos los gastos desde el principio. “Incluso yo había comprado un nicho para la Sandy allá en Perú y la empresa me lo devolvió”, relata.

La última vez que Wilson y Luana vieron a Sandy, su sobrina estaba sentada comiendo pollo con papas fritas en la mesa del living de su casa en Paipote. Luana recuerda que comía igual que una niña pequeña, disfrutando cada mordisco y terminando siempre con la cara manchada. Cuando el matrimonio Illatarqui Pnaife decidió volver a Paipote meses después del aluvión, en más de alguna ocasión Luana asegura haber visto a Sandy sentada en la misma mesa durante sus idas al baño en la madrugada.

En otra ocasión, mientras ambos paseaban por el centro de Copiapó, Luana tenía el presentimiento de que Sandy estaba cerca de ellos. De pronto divisó a una mujer de la misma contextura de su sobrina: “era la misma caminada, la misma forma de vestir, los mismos gestos”,

recuerda. Decidida caminó hacia ella, la observó y volvió cabizbaja donde Wilson. “No era la Sandy”, le dijo.

El matrimonio decidió no asistir al funeral de su sobrina porque esperaban a su segundo hijo y de acuerdo a sus costumbres no es bueno visitar cementerios durante ese proceso. Wilson relata que no quiso entrar al Servicio Médico Legal a reconocer el cuerpo de Sandy porque prefería recordar a su sobrina como la conoció.

Una semana antes del aluvión, Sandy visitó a sus tíos. Luana y Wilson recuerdan que pasaron la tarde viendo una de las películas favoritas de su sobrina: “El castillo ambulante”, una cinta de animación japonesa que cuenta la historia de Sophie, una joven de 18 años que comienza la búsqueda de un extravagante mago que vive en un castillo embrujado, para que la ayude a romper el hechizo de una malvada bruja que la convirtió en anciana. Al día siguiente, Sandy se marchó y nunca la volvieron a ver. Quizás se encontró con algún castillo encantado y allí sonríe libre de todos sus maleficios.

En la cima de un cerro, aves carroñeras volaban en círculo y bajaban a la arena. “¿Cómo llego allá?, ¿qué están comiendo?, ¿por qué están ahí?”, se preguntaba Claudia con nerviosismo. Buscó por todos los caminos, preguntó y le señalaron que era imposible acceder a ese sector. Tras un día particularmente cansador y confuso, Claudia Novoa decidió pasar la noche en Puerto Viejo y al día siguiente regresar a San Antonio. Una almacenera escuchó su historia y le ofreció alojamiento. Temprano en la mañana, ambas salieron a dar una última revisión por la orilla del mar consiguiendo el mismo resultado de todos los días: nada. Durante la tarde, trabajadores llegaron a recogerla para regresar a San Antonio, el centro de operaciones.

Con el transcurso de las semanas la ayuda había disminuido. La Policía de Investigaciones (PDI) y el Grupo de Operaciones Especiales (GOPE) de Carabineros ya no se encontraban en el lugar. Desesperada y sin muchas herramientas, Claudia contactó al segundo vidente, un hombre de Arica que trabajaba localizando personas desaparecidas en base a mapas y utilizando fotografías. Claudia

le envió una imagen de Jennifer y del campamento y esperó que el vidente se contactara de vuelta. La noche del 27 de abril le escribió. “Claudia, ella me muestra que hizo un recorrido de diez kilómetros desde el lugar donde estaba durmiendo hasta donde está ahora. No te alejes más, ella está cerca”. Aún con esperanzas, hizo un trazo de entre ocho y 12 kilómetros río abajo desde La Capilla como uno de sus últimos esfuerzos por encontrar a su sobrina.

En Angol, la familia Novoa había recibido la lamentable noticia de que suspenderían las labores de búsqueda. Tras más de un mes sin resultados, las probabilidades de hallar el cuerpo de Jennifer eran muy bajas y el despliegue de recursos debía ser optimizado pensando en las tareas de reconstrucción. El 30 de abril Claudia debía abandonar su misión y regresar al sur.

Durante la jornada del 28 de abril, Claudia concentró la búsqueda en el radio que les había entregado el vidente. Buscaron desde temprano sin resultados, hasta que a mediodía una llamada la conmocionó. “Claudita, yo no sé qué encontraron, pero encontraron algo en el by pass de Los Loros. ¿Dónde estás?”, le preguntaron. “Un poquito más arriba, no más”. “Ya, deja todo lo que estés haciendo y ándate para allá”. Una camioneta pasó por ella y en menos de dos minutos estaba en el paso que marca el camino desde Los Loros hasta San Antonio. Claudia se encontró con una maquinaria que efectuaba labores de limpieza en un fundo, contratada por un particular, y sólo estaban en el lugar los trabajadores que habían hecho el hallazgo, el GOPE de Carabineros y el hermano de otra víctima desaparecida en el sector.

“¿Usted es la hermana de la niña que está desaparecida?”, le preguntó un hombre que estaba en el lugar. “Debe ser ella, porque yo la vi y era un cuerpo de mujer”. Conversaron por algunos minutos, Claudia le entregó una descripción física de su sobrina al trabajador y él le aseguró que ese era el cuerpo de Jennifer.

El lugar se comenzó a llenar de gente y Carabineros le advirtió a Claudia no hacerse muchas expectativas. “No, no importa. Yo sé que es ella”, respondía. En ese lugar recordó las historias que había escuchado su familia en Angol y se dirigió al hombre nuevamente. “¿Estaba entera?”, le preguntó. La respuesta de ese trabajador se le quedó grabada en la memoria. “Mire, ¿ha visto esos

conejos de chocolate que están de pie? Era así mismo, como ver un conejito de chocolate, enterito”.

A más de tres años de la tragedia en San Antonio, Claudia reflexiona sobre lo difícil que hubiese sido para la familia no haber encontrado el cuerpo de su sobrina. “Siempre iba a estar esa incertidumbre: ¿Estará realmente muerta? Eso les decía yo a la gente allá, que es cerrar un ciclo. No es que vamos a estar más aliviados o se nos va a pasar la pena, no. Uno empieza otro proceso, pero al menos tiene la certeza de lo que pasó”.

El cuerpo de Jennifer Cecilia Novoa Novoa está enterrado en el Cementerio General de Angol. La Frutícola Atacama costó un nicho familiar y ahí le construyeron a Jennifer una tumba de cemento adornada con cerámica y un espacio de tierra para plantar, dejar flores y recuerdos. Al atardecer, el pequeño muro de la tumba de Jennifer contrasta con el cielo anaranjado y resalta la inscripción “Familia Novoa Sánchez” con letras plateadas. Al costado, una figura de Jesús crucificado y un ángel acompañan la fotografía de Jenny que posa con una polera negra y su pelo desordenado en el Salto del Laja. La tumba está llena de flores y pequeños recuerdos: una abejita, una mariposa, pequeños molinos y un globo de helio casi desinflado que dice “Feliz día Mamá”.

Cuando Antonia nació, Jennifer estaba próxima a cumplir 23 años. “¿La tengo? ¿La entrego en adopción?”, eran las dudas que cruzaban por su cabeza en ese momento. Claudia la aconsejó en base a dos afirmaciones: “nadie la va a cuidar como tú” y “nunca más vas a estar sola”. Desde el comienzo de su vida juntas, Jenny se esmeró en darle lo mejor a su hija, la consentía con regalos y se encargaba de que no tuviera ninguna carencia material. Su sueño de la casa propia estaba directamente relacionado con el bienestar de Antonia, por eso decidió sacrificar el tiempo con su hija por ir a trabajar lejos y ahorrar para un futuro juntas.

Para sorpresa de su familia, Antonia se mostró tranquila cuando supo que Jennifer había fallecido. A sus ocho años había desarrollado una personalidad fuerte parecida a la de su madre: inteligente, astuta y regalona. Cuando el cuerpo de Jennifer llegó a Angol, Claudia asegura que Antonia no sufrió al verla. “Mi mamá está durmiendo ahí”, decía, “pero en la noche ella me viene a hacer dormir a mí”.

Durante un año, la pequeña aseguró haber visto a su madre todos los días: le iba a dar las buenas noches, la hacía dormir e incluso la retaba si era necesario. Antonia jugaba en la calle una tarde de verano en Angol cuando su abuela Rosa le ordenó en reiteradas ocasiones que se entrara a la casa. Ella se negó hasta que apareció llorando. “¿Y qué te pasó?”, preguntó Rosa. “Mi mamá vino y me tiró el pelo para que me entrara”. Adelaida comenta que “los niños, hasta los ocho años, ven”.

Su familia relata que luego del primer año Antonia dejó de ver a su mamá. Actualmente, la niña vive en Angol junto a su abuela Rosa y su pareja. Claudia enfatiza en lo regalona y consentida que es y asegura que incluso para Jennifer criarla y “ponerle reglas” era todo un desafío, pese a su corta edad. La relación con sus bisabuelos es prácticamente igual de cercana que la que Jenny tenía con ellos: los llama constantemente, siempre quiere ir a visitarlos e incluso ha manifestado varias veces sus ganas de mudarse a su casa.

Alejandra Díaz recuerda que la última vez que conversó con Antonia fue en el velorio de Jennifer en Angol. La pequeña sabía perfectamente quién era ella. “Tú eres la tía Alejandra. ¿Por qué mi mamá se murió si ustedes estaban siempre juntas? Mi mamá se ahogó con barro, ¿por qué a ti no te pasó nada?”, le preguntó Antonia.

“¿Cómo le explicas eso a un niño? La estábamos velando y ella le golpeaba el cajón y le decía ‘mamá, despierta, mamá, despierta’ y yo me sentía súper mal, yo me culpaba, que por mi culpa ella estaba en ese cajón, que yo no la había podido sacar del barro”, relata Alejandra. Sin embargo, con el tiempo y la ayuda de un psicólogo logró convencerse de que no era su culpa, “que las cosas van a pasar independiente de dónde estés. La naturaleza es así y nos afecta, nos *shockea*. Con lo que me pasó yo le tengo hartos respeto a la naturaleza. Yo creo que si me hubiese dejado, yo me hubiese muerto, pero yo no me quería morir, no era mi hora”, afirma.

Tras el aluvión, Alejandra estuvo un año y medio sin pisar el valle. Los primeros cuatro meses se los pasó encerrada en su pieza viviendo la pena, luego decidió salir a trabajar más al sur y estuvo

siete meses en San Vicente. En junio de 2016 eligió volver, sentía que si no lo hacía, jamás iba a poder superar el horror de los primeros días de ese otoño en La Capilla.

Desde 2012 Adelaida y Enrique viven en el sector de Huequén, a la entrada de Angol. Enrique cuenta que solían llamarle “el pueblo sin ley” porque no contaba con retén de Carabineros. En su casa, fotografías adornan las paredes, a la salida de la pieza matrimonial cuelga la misma imagen de Jenny que está en el cementerio y en el living hay un altar dedicado a su nieta. Sobre un mueble reposa la fotografía de licenciatura de Jennifer, una pequeña figura de yeso de dos ancianos que les regaló durante su última visita, una vela y una imagen del padre Pío, a quien Adelaida le rezó hasta el último día para que llevara a su nieta de vuelta a Angol. “¡Qué no le dije al padre Pío! Lloré, lloré, lloré. Véngase, *mijita*, no se quede por allá. Devuélvase con su tía. No la deje que se venga sola, padre. Dé una señal”, rezaba Adelaida en el altar un día antes de que Claudia encontrara el cuerpo de su sobrina.

Todos los días, sin excepciones, los abuelos de Jennifer saludan y se despiden de su “chiquilla” en la foto colgada a la salida de su pieza. Cuando se van de vacaciones por unos días le encargan que cuide la casa y que los acompañe para que nada malo suceda y cada viernes encienden la vela del altar.

Adelaida recuerda una conversación que tuvo con su nieta en reiteradas ocasiones. “*Mijita*, ¿usted va a llorar hartito cuando yo me muera?”, le preguntaba a Jennifer, que asentía y le aseguraba que iría a dejarle flores al cementerio. “Pero todo lo contrario, ahora yo le voy a dejar florcitas a ella”, dice.

Son casi las seis de la tarde y el cementerio está por cerrar. Claudia Novoa está parada frente a la tumba de Jennifer. Como acostumbra hacer en sus visitas al cementerio, saluda a sobrina, la pone al día de las novedades y mira su foto en silencio. “Mira, Jenny, éstas son las periodistas que te quieren conocer. Quizás ellas cumplan tu sueño de ser famosa”, dice entre risas. Mientras, el atardecer anaranjado del otoño en Angol comienza a desaparecer.

BIBLIOGRAFÍA

1. ANAMURI. (2015). “Tribunal ético: Las agresiones contra la biodiversidad también es violencia contra las mujeres”.
2. CARO, P. (2011). “Condiciones de trabajo de mujeres temporeras en la agricultura. El Caso de Chile”. En *“Empleo y condiciones de trabajo de mujeres temporeras agrícolas”*. Organización de las Naciones Unidas para la Alimentación (FAO).
3. Centro de Estudios para el Desarrollo de la Mujer (CEDEM). (2004). “Empleo y condiciones de trabajo en la producción de uva de exportación en el Valle de Copiapó”.
4. Instituto Nacional de Estadísticas (INE). (2017). “Boletín estadístico de empleo con enfoque de género”.
5. Oficina de Estudios y Políticas Agrarias (Odepa). (2012). “Estudio: Estimación y caracterización de la demanda de la mano de obra asociada a la fruticultura de exportación”.
6. Oficina de Estudios y Políticas Agrarias. (Odepa). (2018). “Boletín bimestral de empleo. Agricultura, ganadería, silvicultura y pesca”.
7. Oficina de Estudios y Políticas Agrarias (Odepa). (2018). “Región de Atacama. Información regional 2018”.
8. Organización Internacional del Trabajo (OIT). “Notas sobre trabajo rural. Condiciones de trabajo de las temporeras agrícolas de América Latina y el Caribe”.
9. PÉREZ, S. (2017). “Por qué no hemos avanzado: diez saberes para tres peligros”. En revista Palabra Pública.
10. ROMERO, J. (2017). “Crónica de un aluvión”.
11. VÁLDES, X. (2007). “La vida en común”.
12. VÁLDES, X. (2010). “Contra el desperdicio de la experiencia social: Las temporeras y su acción colectiva”. En: *Mujeres. Historias chilenas del siglo XX*.
13. VÁLDES, X. (2014). “Trabajo temporal, familias y género”. En: *Trabajos y familias en el neoliberalismo: hombres y mujeres en faenas de la uva, el salmón y el cobre*.
14. VÁLDES, X. (2015). “Feminización del empleo y trabajo precario en las agriculturas latinoamericanas globalizadas”.

15. VALDÉS, X. GODOY, C. MENDOZA, A (2017) “Acción colectiva y resistencia: asalariadas agrícolas en Chile frente a la precarización laboral”, *Izquierdas*, 35, pp.167-198.

Artículos periodísticos

1. Ciper. (2007). “Mujeres chilenas 4: Temporeras, eslabón olvidado del modelo económico”. En <https://ciperchile.cl/2007/12/12/temporeras-eslabon-olvidado/>
2. Verónica Torres. (2011). “Las presiones de los empresarios agrícolas por abrir las fronteras a trabajadores extranjeros”. En <https://ciperchile.cl/2011/07/05/las-presiones-de-losempresarios-agricolas-por-abrir-las-fronteras-a-trabajadores-extranjeros/>
3. Jara, Matías. (2015). “Ruiz-Tagle ante la justicia: de la colusión del papel higiénico a los \$1.480 millones de los Juegos Odesur”. En <https://ciperchile.cl/2015/10/29/ruiz-tagle-ante-lajusticia-de-la-colusion-del-papel-higienico-a-los-1-480-millones-de-los-juegos-odesur/>

ANEXOS

1. Fuentes vivas:

a) Contexto social e histórico

- Vidal Naveas Droguett, historiador atacameño.
- Tussel Caballero, poeta, escritor y cronista copiapino.
- Florencia Aróstica, presidenta Red Atacameña de Mujeres Rurales e Indígenas.
- Alicia Muñoz, presidenta y fundadora Asociación Nacional de Mujeres Rurales e Indígenas. - Ximena Valdés, académica experta en trabajo agrícola.

b) Aluvión en San Antonio

- Juan Carlos Vergara, guardia de La Capilla
- María López, trabajadora sobreviviente. - Lily Benavides, habitante de San Antonio.

c) Sandy Bernal Nieto

- Paula Nieto, abuela
- Soledad Nieto, madre - Gino Illatarqui Nieto, tío - Luana Pnaife, tía.
- Wilson Illatarqui, tío

d) Jennifer Novoa Novoa

- Claudia Novoa, tía.
- Adelaida Sánchez, abuela.
- Enrique Novoa, abuelo.
- Alejandra Díaz, pareja.
- Paulette Ríos, amiga y compañera de trabajo.

2. Documentación recopilada:

a) **Certificados de nacimiento**

- Jennifer Novoa Novoa:

SERVICIO DE REGISTRO CIVIL E IDENTIFICACIÓN		FOLIO : 500165067540
	REPUBLICA DE CHILE	Código Verificación: c9dd4b9b1ae1
		 500165067540
CERTIFICADO DE NACIMIENTO Uso exclusivo para ASIGNACION FAMILIAR		
Circunscripción : ANGOL	Registro :	Año : 1984
Nro. inscripción : 301	Nombre inscrito : JENNIFER CECILIA NOVOA NOVOA	
R.U.N. : 15.513.523-9		
Fecha nacimiento : 3 Marzo 1984		
Sexo : Femenino		
Nombre del padre : HECTOR WUNEBALDO CIFUENTES SANCHEZ		
Nombre de la madre: ROSA DEL CARMEN NOVOA ROA		
R.U.N. de la madre: 10.573.350-K		
FILIACION DEL PADRE DETERMINA CONFORME CON LO DISPUESTO EN EL ARTICULO N. 203 DEL CODIGO CIVIL.		
* PARA SER PRESENTADO EN INSTITUCIONES PREVISIONALES *		
FECHA EMISION: 22 Octubre 2017, 15:32.		
Certificado Gratuito OBS: La hora se incluye respecto de nacimientos inscritos con comprobante de parto desde el año 2000 a la fecha		
Verifique documento en www.registrocivil.gob.cl o a nuestro Call Center 600 370 2000, para teléfonos fijos y celulares. La próxima vez, obtén este certificado en www.registrocivil.gob.cl .		
		
Timbre electrónico SRCel		Victor Rebolledo Salas Jefe de Archivo General (s) Incorpora Firma Electrónica Avanzada
www.registrocivil.gob.cl		

-

Héctor Cifuentes Sánchez:



CERTIFICADO DE NACIMIENTO

Uso exclusivo para ASIGNACION FAMILIAR

Circunscripción : ANGOL
Nro. inscripción : 1.024 Registro : Año : 1962
Nombre inscrito : HÉCTOR WUNEBALDO CIFUENTES SÁNCHEZ
R.U.N. : 9.272.708-4
Fecha nacimiento : 5 Agosto 1962
Sexo : Masculino
Nombre del padre : NEFTALI LEONEL CIFUENTES CIFUENTES
Nombre de la madre : ADELAIDA CATALINA SANCHEZ

* PARA SER PRESENTADO EN INSTITUCIONES PREVISIONALES *

FECHA EMISIÓN: 22 Octubre 2017, 16:26.

Certificado Gratuito

OBS: La hora se incluye respecto de nacimientos inscritos con comprobante de parto desde el año 2000 a la fecha

Verifique documento en www.registrocivil.gob.cl o a nuestro Call Center 600 370 2000, para teléfonos fijos y celulares. La próxima vez, obtén este certificado en www.registrocivil.gob.cl.



Timbre electrónico SRCel



Victor Rebolledo Salas
Jefe de Archivo General (s)
Incorpora Firma Electrónica
Avanzada

-

Antonia Cifuentes Novoa:



CERTIFICADO DE NACIMIENTO

Uso exclusivo para ASIGNACION FAMILIAR

Circunscripción : ANGOL
Nro. inscripción : 1.459 Registro : Año : 2006
Nombre inscrito : ANTONIA PAULETTE CIFUENTES NOVOA
R.U.N. : 22.288.958-8
Fecha nacimiento : 12 Diciembre 2006
Hora nacimiento : 18:55
Sexo : Femenino
Nombre del padre : HÉCTOR WUNEBALDO CIFUENTES SÁNCHEZ
R.U.N. del padre : 9.272.708-4
Nombre de la madre: JENNIFER CECILIA NOVOA NOVOA
R.U.N. de la madre: 15.513.523-9

CUIDADO PERSONAL JUDICIAL

POR SENTENCIA DE FECHA: 08-06-2015
DEL JUZGADO DE FAMILIA ANGOL
SE OTORGA EL CUIDADO PERSONAL DEL
MENOR: ANTONIA PAULETTE CIFUENTES NOVOA
SERA EJERCIDO POR: ROSA DEL CARMEN NOVOA
ROA RUN 10573350-K
REQUIRENTE: JUZGADO FAMILIA ANGOL
OFIC. 3012/2015
CEDULA DE IDENTIDAD NRO.:
FECHA SUBINSCRIPCIÓN: 11 Junio 2015

* PARA SER PRESENTADO EN INSTITUCIONES PREVISIONALES *

FECHA EMISIÓN: 22 Octubre 2017, 16:13.

Certificado Gratuito

OBS: La hora se incluye respecto de nacimientos inscritos con comprobante de parto desde
el año 2000 a la fecha

Verifique documento en www.registrocivil.gob.cl o a nuestro Call Center 600 370 2000, para teléfonos fijos y
celulares. La próxima vez, obtén este certificado en www.registrocivil.gob.cl.



Timbre electrónico SRCel



Victor Rebolledo Salas
Jefe de Archivo General (s)
Incorpora Firma Electrónica
Avanzada

-

Sandy Bernal Nieto:



REPUBLICA DE CHILE



500183669545

CERTIFICADO DE NACIMIENTO

Uso exclusivo para ASIGNACION FAMILIAR

Circunscripción : SANTIAGO
Nro. inscripción : 362 Registro : X Año : 2011
Nombre inscrito : SANDY KARINA BERNAL NIETO
R.U.N. : 23.327.307-4
Fecha nacimiento : 25 Abril 1988
Hora nacimiento : 22:12
Sexo : Femenino
Nombre del padre : SAÚL DAVID BERNAL GONZALES
Nombre de la madre : SOLEDAD TERESA NIETO GIL

--- Lugar de nacimiento TACNA, PERU
Inscripcion practicada conforme al
Art. 12 de la Ley 11987

* PARA SER PRESENTADO EN INSTITUCIONES PREVISIONALES *

FECHA EMISIÓN: 25 Mayo 2018, 15:47.

Certificado Gratuito

OBS: La hora se incluye respecto de nacimientos inscritos con comprobante de parto desde el año 2000 a la fecha

Verifique documento en www.registrocivil.gob.cl o a nuestro Call Center 600 370 2000, para teléfonos fijos y celulares. La próxima vez, obtén este certificado en www.registrocivil.gob.cl.



Timbre electrónico SRCel



Victor Rebolledo Salas
Jefe de Archivo General (s)
Incorpora Firma Electrónica
Avanzada

b) Certificados de defunción

- Jennifer Novoa Novoa:

SERVICIO DE REGISTRO CIVIL E IDENTIFICACIÓN		FOLIO : 500189434778
	REPUBLICA DE CHILE	Código Verificación: 538c82703fdd
		 500189434778
CERTIFICADO DE DEFUNCION		
Circunscripción : COPIAPÓ	Registro :	Año : 2015
Nro. inscripción : 158	Nombre inscrito : JENNIFER CECILIA NOVOA NOVOA	
R.U.N. : 15.513.523-9	Fecha nacimiento : 3 Marzo 1984	
Sexo : Femenino	Fecha defunción : 25 Marzo 2015	
Lugar defunción : TIERRA AMARILLA	Causa de muerte : ASFIXIA POR INMERSION/ ALUVION/ DESASTRE MASIVO/	
FECHA EMISIÓN: 29 Julio 2018, 13:45.		
- IMPUESTO PAGADO - VALOR : \$ 710		
Impreso en: REGION :		
Verifique documento en www.registrocivil.gob.cl o a nuestro Call Center 600 370 2000, para teléfonos fijos y celulares. La próxima vez, obtén este certificado en www.registrocivil.gob.cl .		
		
Timbre electrónico SRCel		Victor Rebolledo Salas Jefe de Archivo General (s) Incorpora Firma Electrónica Avanzada
8530233	MUN : 15513523-9	2H?-D6
www.registrocivil.gob.cl		

- Sandy Bernal Nieto:



REPUBLICA DE CHILE



500183741139

CERTIFICADO DE DEFUNCION

Circunscripción : COPIAPÓ
Nro. inscripción : 87 Registro : Año : 2015
Nombre inscrito : SANDY KARINA BERNAL NIETO

R.U.N. : 23.327.307-4
Fecha nacimiento : 25 Abril 1988
Sexo : Femenino
Fecha defunción : 25 Marzo 2015
Lugar defunción : TIERRA AMARILLA
Causa de muerte : ASFIXIA POR INMERSION/ ALUVION/ DESASTRE
MASIVO/

FECHA EMISIÓN: 27 Mayo 2018, 23:36.

- IMPUESTO PAGADO - VALOR : \$ 710
Impreso en:
REGION :

Verifique documento en www.registrocivil.gob.cl o a nuestro Call Center 600 370 2000, para teléfonos fijos y celulares. La próxima vez, obtén este certificado en www.registrocivil.gob.cl.



Timbre electrónico SRCel



Victor Rebolledo Salas
Jefe de Archivo General (s)
Incorpora Firma Electrónica
Avanzada

8530233 RUN : 23327307-4 W46B9

www.registrocivil.gob.cl

c) Conservador de bienes raíces de Santiago

- Inscripción en el registro de propiedad Frutícola y Exportadora Atacama Ltda. Foja 7318 Número 4006 Año 1983 Página 1:

CONSERVADOR DE BIENES RAICES DE SANTIAGO 7318

GEN REFERENCIAL

19	
20	
21	
22	
23	
24	
25	
26	
27	
28	
29	
30	
31	
32	
33	
34	
35	
36	
37	
38	
39	
40	
41	
42	
43	
44	
45	
46	
47	
48	
49	
50	
51	
52	
53	
54	
55	
56	
57	
58	
59	
60	
61	
62	
63	
64	
65	
66	
67	
68	
69	
70	
71	
72	
73	
74	
75	
76	
77	
78	
79	
80	
81	
82	
83	
84	
85	
86	
87	
88	
89	
90	
91	
92	
93	
94	
95	
96	
97	
98	
99	
100	

nº 4006
Comitución
sociedad
Frutícola
y Exportado-
ra Ataca-
ma limita-
da
Rep. 37712

Santiago, diecisiete de Modificación
mayo de mil novecien- Por escritura
to, sesenta y tres. de fecha 31 de
Don Diciembre de
Sergio 1990, otorgada
Merías en la Notaría
V, me de don Pablo
ha presentado para su de don Pablo,
inscripción lo al Sr. Pablo P.,
siguen inscrito en
te: el 611-76-2993
Lugo Figueroa la escritura
Si - de la sociedad
Frutícola y del Sr. Pablo
Exportadora de don Pablo
Atacama de don Pablo,
Ltda. al Sr. Pablo P.
Santiago, al Sr. Pablo P.
veinte y al Sr. Pablo P.
nueve al Sr. Pablo P.

d) Documentos judiciales

- Fallo de la Corte de Apelaciones de Temuco por tuición de Antonia Cifuentes Novoa, 26/07/2016

Foja: 28 Veintiocho

C.A. de Temuco

Temuco, veintiséis de julio de dos mil dieciséis.

VISTOS:

En autos RIT V-24-2016, caratulada "Novoa Roa con Cifuentes Sánchez", sobre nombramiento de curador adjunto, del Juzgado de Familia de Angol, con fecha 31 de marzo de 2016, el Juez Titular don Cristian Alarcón Ramírez dictó sentencia definitiva en la causa, en virtud de la cual no se hizo lugar al nombramiento de curador adjunto.

En contra de dicha sentencia, se ha deducido recurso de apelación por la apoderada de la solicitante.

Concedido el recurso, elevado ante esta Corte y cumplido lo ordenado por el Tribunal de Alzada, a fojas 21 se ordenó traer los autos en relación.

CONSIDERANDO:

Se reproduce la sentencia apelada de fecha treinta y uno de marzo de dos mil dieciséis del Juzgado de Familia de Angol, escrita de fojas 1 a 5 inclusive, y se reproducen además sus citas legales, con excepción del considerando quinto que se elimina.

Y TENIENDO EN SU LUGAR, ADEMÁS, PRESENTE:

PRIMERO: Que la apelante sostiene en su recurso que la sentencia de primera instancia resulta agravante al interés superior de la menor, quien se ha visto impedida de tramitar la posesión efectiva de su madre fallecida, toda vez que el padre no ejerce ninguna de las obligaciones derivadas de la patria potestad, habiéndose desvinculado completamente de la niña, habiendo entregando con anterioridad su cuidado personal a la abuela materna según consta de la causa RIT C-2019-2015 del Juzgado de Familia de Angol. Agrega que el padre ausente carece de idoneidad moral toda vez que además es su abuelo.

Sostiene que la sentencia del a quo se dictó fundándose en las normas relativas a la patria potestad y la curaduría general, y no respecto de las normas relativas al curador adjunto, en las que se fundó la solicitud, infringiéndose el artículo 344 del Código Civil, que expresamente admitiría el nombramiento que solicita. Por lo anterior y fundamentos legales que cita, pide se acoja el recurso de apelación interpuesto, se revoque la sentencia apelada y, en consecuencia, se nombre a doña Rosa del Carmen Novoa Roa curador adjunto de su nieta Antonia Paulette Cifuentes Novoa, a fin de tramitar la posesión efectiva de los bienes quedados al fallecimiento de su hija a su nieta y administrando dichos bienes.

SEGUNDO: Que se encuentra debidamente acreditado en autos que la menor ningún contacto mantiene con su progenitor, que éste entregó su cuidado personal a la solicitante, que la menor ha vivido siempre bajo la dependencia y cuidado de su abuela, quien ha pedido ser nombrada curador adjunto para tramitar la posesión efectiva de los bienes quedados al fallecimiento de su hija para su nieta y, luego administrar dichos bienes.

TERCERO: Que las normas para el curador adjunto son distintas a las que regulan la patria potestad y curaduría general, y se encuentran consagradas separadamente, las primeras en el Título XIX, de las Tutelas y Curadurías en general, y las otras, en el Título X de la Patria Potestad, ambos del Libro Primero del Código Civil

CUARTO: Que las normas que regulan la institución del curador adjunto son claras, como lo dispone el artículo 344 del Código Civil, en cuanto a que el nombramiento de éste se da en ciertos casos a las personas que están bajo potestad de padre o madre, o bajo tutela o curaduría general, para que ejerzan una administración separada y, de acuerdo con el artículo 345 del mismo cuerpo legal, para un negocio particular. Es decir, se da sin perjuicio de la patria potestad, que podrá seguir siendo ejercida por quien la detente, la que por tanto por este nombramiento no se suspende.

Por lo razonado, y visto además lo dispuesto en los artículos 338 y siguientes, 344 y 345 del Código Civil, **SE REVOCA** la sentencia apelada de fecha treinta de marzo de dos mil dieciséis que rechazó la petición de la actora para ser nombrada curador adjunta de su nieta, y en su lugar se declara que **SE HACE LUGAR** a dicha solicitud y se declara que se nombra a doña Rosa del Carmen Novoa Roa cédula de identidad N° 10.573.350-K, curador adjunto de su nieta Antonia Paulette Cifuentes Novoa cédula de identidad N° 22.288.958-8, a fin de tramitar la posesión efectiva de los bienes quedados al fallecimiento de su hija Jennifer Cecilia Novoa Novoa, cédula de identidad N° 15.513.523-9, y administradora dichos bienes.

Redacción del abogado integrante Sr. Roberto Fuentes Fernández.

Regístrese, archívese y devuélvase el expediente.

Familia-116-2016.

Se deja constancia que el Abogado Integrante Sr. Roberto Fuentes Fernández, no firma, no obstante haber concurrido a la vista de la causa y al acuerdo respectivo, por no encontrarse integrando esta sala.

JULIO CESAR
GRANDON CASTRO
MINISTRO

MARIA GEORGINA
GUTIERREZ ARAVENA
MINISTRO

SONIA
PASTOR ABARCA
SECRETARIA(S)

- Demanda colectiva por tutela laboral ingresada por 25 trabajadores y trabajadoras de la Frutícola y Exportadora Atacama el 01/06/2015.

RIT: T-5-2015 RUC: 15-4-0022680-3

- Sentencia demanda colectiva contra Frutícola y Exportadora Atacama. Misma causa anterior.

3. Ficha de videos noticieros centrales TVN, Canal 13, CHV y Mega revisados

Chilevisión	Información
1. Video 1: <i>“Encuentran otra víctima de aluvión”</i> 29 de marzo 2015	<ul style="list-style-type: none"> . 200 trabajadores en Frutícola Atacama. . Marcos Díaz, trabajador de la Frutícola, asegura haber visto a mujeres intentando escapar del lugar segundos previos a la llegada del agua. Afirma que las rejas estaban con candado y no pudieron salir. . Aparece Alejandra Díaz, pareja de Jennifer Novoa, de Ovalle. . Silvia Martínez, sobreviviente. Probablemente conoció a Jennifer y Sandy.
2. Video 2: <i>“Encuentran nuevas víctimas”</i> 31 de marzo 2015	<ul style="list-style-type: none"> . 50 kilómetros río abajo de San Antonio encuentran el cuerpo de Sandy Bernal. . Aparece mamá de Sandy, Soledad Nieto. Su papá se llama David Bernal. . . Prohibición por parte del Servicio Médico Legal de llevar el cuerpo de Sandy a Perú por el estado de descomposición. . Quizás Sandy está enterrada en Copiapó. . Aparece Horacio Parra, gerente general de la Frutícola Atacama.
3. Video 3: <i>“Siguen buscando materiales”</i> 17 de abril de 2015	<ul style="list-style-type: none"> . Continúan buscando a Jennifer Novoa. . Personas se manifiestan por servicios básicos (luz), y acusan la poca presencia del alcalde. . Empresa no quiere entregarles luz porque no tienen título de dominio. . Estas demandas son previas al aluvión, pero posterior a éste se acrecentaron.

Noticiero Canal 13	Información
---------------------------	--------------------

<p>1. Video 1: <i>“Búsqueda de personas desaparecidas”</i></p>	<ul style="list-style-type: none"> . Llegan rescatistas a Copiapó. Toque de queda. . Muestran campamentos de hombres y mujeres . Aparece abuelo de Máximo (4), quien se soltó de la mano de su papá y murió entre medio del barro. Acusa falta de atención en hospital.
<p>28 de marzo de 2015</p>	<ul style="list-style-type: none"> . Containers se desplazaron alrededor de 500 metros, los cuales destruyeron viviendas del sector. . Aparece Pascual Ingala buscando a Sandy Bernal. . Explican la división de containers de hombres y mujeres; utilizaban mallas aislantes con alambres que se transformaron en el principal obstáculo para que las temporeras pudieran salir del lugar. . Trabajadores aseguran que había horario de ingreso al campamento (muestran reglamento de la frutícola). Portón y puerta con candado. . Horacio Parra asegura que es falso que encierran a trabajadores con candado, asegura que es solo “un radio perimetral” el que se cierra.
<p>2. Video 2: <i>“Contacto de San Antonio”</i> 30 de marzo de 2015</p>	<ul style="list-style-type: none"> . Containers: 2 metros y 50 centímetro de ancho y largo. Dos camarotes cada uno. . Pascual Ingala continúa buscando a Sandy. . Soledad Nieto llega a San Antonio a dedo, asegura que Sandy habló la noche anterior con su prima. Soledad trabajaba como temporera en Las Terrazas. . Empresa vuelve a desmentir que temporeras estuvieran encerradas. . 90% de San Antonio continúa bajo el barro.

TVN	Información
<p>1. Video 1: <i>“Madre perdió hijos en catástrofe”</i> 26 de marzo de 2015</p>	<ul style="list-style-type: none"> . Rosana cuenta la pérdida de su hijo Máximo. Su padre no lo alcanzó a sujetar debido a que se quebró el brazo y se le soltó.

<p>2. Video 2:</p> <p>“Contacto de San Antonio”</p> <p>27 de marzo de 2015</p>	<ul style="list-style-type: none"> . 24 containers. . Guido Benavides asegura que campamentos de mujeres se cierra con candado. . Pascual Ingala asegura que Sandy Bernal estaba en pieza de mujeres y que él estaba en container. . Testimonio de mamá de Máximo Cerezo.
<p>3. Video 3:</p> <p>“Informe sobre situación en localidad de San Antonio”</p> <p>28 de marzo de 2015</p>	<ul style="list-style-type: none"> . Aseguran que el alud se llevó 40 containers río abajo. . Aseguran que mujeres estaban encerradas no en los containers sino en el perímetro. . No hay registro certero de la gente desaparecida por ser “población flotante”.
<p>2. Video 2:</p> <p>“17 fallecidos y 20 desaparecidos”</p> <p>30 de marzo 2015</p>	<ul style="list-style-type: none"> . César Patricio Vidal Albornoz, quien vivía dentro del campamento y José Alberto Llancuqueo Huenul que no vivía en el campamento permanecen desaparecidos. . Jennifer Novoa y Sandy Bernal. La tía de Jennifer llega el 31 de marzo a San Antonio. . Sandy Bernal, nacionalizada chilena continúa desaparecida.
<p>3. Video 3:</p> <p>“Encuentran dos nuevas víctimas de aluvión”</p> <p>30 de marzo de 2015</p>	<ul style="list-style-type: none"> . Encuentran cuerpo de mujer en San Antonio, piensan que podría ser el cuerpo de Sandy Bernal o de Jennifer Novoa.

<p>4. Video 4:</p> <p><i>“Hallan cuerpo de trabajadora peruana”</i></p> <p>31 de marzo de 2015</p>	<ul style="list-style-type: none"> . Encuentran cuerpo de Sandy Bernal. . Al menos 15 viviendas completamente destruidas. . Encuentran cuerpo de un hombre, aún sin identidad a 10 kilómetros de Tierra Amarilla. . Claudia Novoa, tía de Jennifer, llega a San Antonio.
<p>5. Video 5:</p> <p><i>“Denuncias contra frutícola Atacama”</i></p> <p>1 de abril de 2015</p>	<ul style="list-style-type: none"> . Continúan las denuncias sobre el encierro de las temporeras de la Frutícola Atacama. . Horacio Parra continúa desmintiendo las declaraciones en contra de la empresa. . Amantina Santana, temporera, asegura que el guardia siempre cerraba la puerta con llave. Temporeras del campamento cerro 1 respaldan las declaraciones, pese a que este campamento no se vio afectado. . Lidia Morales, temporera del campamento La Capilla, asegura que no tenían acceso por donde salir.
	<ul style="list-style-type: none"> . Elena Urrutia aseguró que cuando una compañera gritó que venía el aluvión ellas hubiesen tenido tiempo para escapar, sin embargo, la puerta estaba cerrada. . Marcos Leiva, esposo de una de las temporeras, llegó desde San Felipe a buscarla y aseguró que la gente de la empresa todavía no llegaba al lugar. . Jennifer Novoa continúa desaparecida.

Mega	Información
-------------	--------------------

<p>1. Video 1:</p> <p><i>“Hallazgo de fallecido en San Antonio”</i></p> <p>29 de marzo de 2015</p>	<p>. Encuentran cuerpo de “El Monín”. Marcos Rojas, entre 30 y 50 años, vecino del sector. Encontraron su bicicleta y posteriormente sacaron el barro de su casa. Tras varias horas confirmaron el hallazgo del cuerpo.</p>
<p>2. Video 2:</p> <p><i>“Búsqueda de temporeras”</i></p> <p>30 de marzo de 2015</p>	<p>. Pascual Ingala busca a Sandy Bernal, encuentra sus pertenencias en el barro 3 kilómetros río abajo.</p> <p>. Sandy y su mamá llegaron hace un año a trabajar a Chile en búsqueda de mejores oportunidades laborales.</p>

4. Imágenes



1. Imagen difundida por familia de Sandy Bernal Nieto durante la búsqueda



2. Imagen viralizada por la familia de Jennifer Novoa Novoa durante la búsqueda de su cuerpo. Esta imagen actualmente se encuentra en la tumba de Jennifer en el Cementerio General de Angol.



3. Fotografía de María López hospitalizada en Clínica Atacama luego del aluvión. Difundida por un diario local durante la primera semana de abril.



4. Fotografía del campamento La Capilla durante la búsqueda de cuerpos, una semana después del aluvión.

Foto: Yoselin Fernández



5. Fotografía de lo que quedó tras el paso del aluvión en San Antonio, justo frente a La Capilla *Foto: Yoselin Fernández*



6. Campamento La Capilla sector sur-poniente, socavón dejado por el agua. *Foto: Yoselin Fernández*



7. Container habilitado como dormitorio en La Capilla, los hombres dormían en estos módulos y las mujeres en construcciones livianas de las que no quedaron rastros. *Foto: Yoselin Fernández*



8. Container por dentro tras el paso del aluvión. *Foto: Yoselin Fernández*



9. Adelaida Sánchez y Claudia Novoa almorzando en la casa donde viven actualmente Adelaida y Enrique en Angol.

En la Laja.



pared del fondo, la fotografía de Jennifer en el Salto del

10. Enrique Novoa almorzando en su casa de Angol durante nuestra visita en su casa de Angol, mayo 2018.



11. Tumba de Jennifer Cecilia Novoa Novoa en Angol.

5. “San Antonio”, Vidal Naveas Droguett

Texto ofrecido por el historiador Vidal Naveas Droguett, realizado especialmente para colaborar con esta memoria.

SAN ANTONIO

– Dice el refrán popular – ¡Tengo a San Antonio, puesto de cabeza....! ()*

()En diversos países sudamericanos como Brasil, Argentina y Perú, es reconocido como el santo de los matrimonios, de los que buscan pareja y noviazgo. El día de su fiesta (el 13 de junio) las muchachas solteras tienen la costumbre de comprar una pequeña imagen del santo y pedirle su intercesión para conseguir novio; cuando esto no ocurría se colocaba al revés la imagen como castigo hasta que por fin se encontrara un buen partido. Esta curiosa tradición ha sido retratada muchas veces en la cultura popular sudamericana, aunque la Iglesia católica la considera una superstición.*

En Atacama tenemos un poblado que lleva ese nombre, desde cuando llegaron los primeros franciscanos al valle de Copiapó. Hasta hace unos años atrás, y muy eventualmente una cofradía celebraba los días 13 de junio misas y recordaciones a San Antonio.

San Antonio se encuentra en la pre-cordillera de Atacama, a 71 kilómetros de distancia y a 980msnm. Está ubicado en medio del valle del Copayapu, frente a un cerro emblemático, cuyo nombre es San Antonio, donde se trabajó minerales de plata alrededor de los años de 1820 por la Compañía Inglesa de Minas.

No cuenta con muchos servicios públicos o municipales en la actualidad, probablemente innecesarios para una localidad catalogada como dormitorio de las empresas agrícolas que proveen de trabajo a sus moradores de alrededor.

No cuenta con retén de carabineros, posta de primeros auxilios, jardines infantiles, pese a la gran cantidad de mujeres temporeras que trabajan allí. Solo funciona una pequeña escuela rural, que a tiempos modernos aún es denominada con un número y una letra, la Escuela G-105 de San Antonio, dependiente del DAEM de Tierra Amarilla.

Habitaban esta localidad, una cantidad media de seiscientas personas, las que se repiten según estadísticas de censos pasados: 693 en el año 1875 (E. Espinoza) – 614 en el año 1895 (E. Espinoza) – 619 en el año 1905 (Espinoza) – 741 en el año 1995 (INE) – 804 en el año 2012 (INE),

los que viven mayormente de la agricultura de la zona, siendo una constante el aumento del empleo en las temporadas de cosechas.

Apegada a su historia resultó ser en el pasado, una merced otorgada al encomendero Francisco de Aguirre, Fundador de La Serena en el Siglo XVI, y que abarcaba desde La Punta Negra hasta Camasquil (Iglesia Colorada), en la pre-cordillera de Atacama. La Merced, su nombre; era conocido como: El Potrero Grande o el Potrero de la Brea.

En el Potrero Grande o en las cercanías se ubicaban varios poblados y minas como Lomas Bayas, Los Loros, Paigne (Cabeza de Puerco) que después se convirtiera en Viña del Cerro y Goyo Díaz; las haciendas de La Puerta, Potrero Seco, Los Castaños, Jorquera, Amolanas, Tres Puentes, Carmen y San Antonio, entre otros. Después de Francisco de Aguirre, y repartidos los terrenos uno de sus dueños iniciales fue, don Francisco Cisternas y Villalobos y su familia.

En aquella inmensa extensión de terreno, los indígenas del valle cultivaban frutas y verduras, su ganado se alimentaba en los pastizales con las hierbas endémicas, en las cuales sobresalía la brea.

Con la llegada de los nuevos colonos españoles, se dieron que esta yerba servía también para otras aplicaciones. Con la brea se embardunaban los recipientes de greda para evitar que los vinos y chichas se acidularan.

Los españoles la hervían hasta que se convirtiera en una pasta similar al cebo, el cual servía mayormente, para el calafateo de los barcos. Este era exportado en grandes cantidades al Perú, principalmente.

Estos terrenos, ricos en la producción de brea, fueron foco de conflicto entre los indígenas y los colonos españoles por muchos años, hasta que un aluvión en el año 1655 inundó el valle en toda su extensión. Nantoco y Pabellón son los lugares en los cuales nunca más volvió a aparecer.

Sin embargo la población de San Antonio, siempre ha sido la más afectada, por los embates de la naturaleza a lo largo de su historia, con la avenida de las aguas. Entre los eventos más conocidos están: el ocurrido en el año 1827, según las anotaciones que hace Carlos María Sayago en su libro Historia de Copiapó; otra fecha anotada es la del 15 de agosto de 1833; otra la de 1851 y, nuevamente en agosto de 1888.

Por la cercanía con el mineral de Lomas Bayas y los fundos agrícolas de la zona, fue extendida la línea del ferrocarril entre los años 1865 y 1866, fecha de su construcción. Fue inaugurado el ferrocarril el 1 de febrero de 1867.

Desde Pabellón hasta San Antonio, la vía férrea alcanzó los 33 kilómetros. A cargo de esta construcción estuvo el ingeniero Juan Barnard.

La estación ferroviaria era bastante grande para la época, había hospedaje, casa para empleados, una romana para el pesaje de las mercaderías, un estanque de fierro con capacidad para 25 mil litros de agua y otras instalaciones.

Se pensó en el pasado extender desde esta estación ferroviaria, término del ramal; una conexión con la República Argentina.

El 22 de diciembre del año 1891, por Decreto del Presidente don Jorge Montt Álvarez, se crea en Chile, la Ley de Comuna Autónoma, y San Antonio se convierte en Comuna, junto a otras 295 localidades de todo el país. Anteriormente había sido la Subdelegación N°15 de Copiapó. Poseía entonces, capellanía, cementerio, escuelas y otros servicios públicos.

Las dificultades que tuvo la incipiente municipalidad, para funcionar, fue entre otras la baja de los minerales, las malas cosechas y la deficiente administración de sus jefes comunales, todo ello contribuyó a que la localidad perdiera su título de comuna y fuera absorbida por la Municipalidad de Tierra Amarilla.

Hasta el año 1902 en el mismo pueblo se encontraba el establecimiento de amalgamación de don Bernardo Codecido y Cía.

Funcionaban el fundo de Jorquera de la Testamentaria Cousiño; la hacienda Goyo Díaz, de Emilio Maggi; y La Capilla, de Bruno Sergio Pizarro.

En el año 1888 fue azotado por una gran riada que destruyó parte de su estación de ferrocarriles. En el mes de mayo de 1905, llovió cerca de una semana, la línea férrea fue arrasada por las aguas quedando aislado el poblado por mucho tiempo.

Estas vías, nunca fueron repuestas y con el tiempo fueron levantados los rieles y San Antonio se quedó sin ferrocarril.

“El Costino” como era conocido el tren que acarreaba trabajadores agrícolas y mercaderías, desde Tres Puentes a Copiapó mantuvo su recorrido hasta mediados de 1960.

Este poblado por encontrarse en pleno valle, y muy cercano a la caja del río, siempre estuvo dispuesto a los embates de los aluviones, no estando ajeno al último evento del 15 de marzo de 2015 donde fue una de las localidades más afectadas por el curso de las aguas.



Prof. Tania Tamayo G.
Jefa de Carrera Escuela de Periodismo
Instituto de la Comunicación e Imagen
Universidad de Chile
PRESENTE

A continuación le comunico a usted la evaluación de la memoria de título "Cuando el barro se seca. La tragedia olvidada de las temporeras de La Capilla", escrita por las estudiantes Bárbara Barrera y Yoselin Fernández, en la categoría Crónica Periodística:

	ITEM	ASPECTOS CONSIDERADOS	%
1.	Pertinencia y perspectiva	Relevancia y originalidad del tema; perspectiva narrativa y anclaje social, político o cultural)	10%
1. 2	Reporteo y técnicas periodísticas	Recolección de la información, tratamiento de fuentes, uso de entrevistas, diálogos, observación	35%
1. 3	Estructura	Orden narrativo, construcción del texto y ejes argumentativos	25%
1. 4	Narrativa y estilo	Calidad de la redacción, recursos estilísticos y literarios, creatividad)	30%

Excelente 7.0–6.5; Muy Bueno 6.4–6.0; Bueno 5.9–5.0; Aceptable 4.9–4.0; Deficiente 3.9- 3.0

1.1		7,0
1.2		6,5
1.3		7,0
1.4		6,5
Nota Final		6,7



COMENTARIO

La crónica que presentan las alumnas cumple de modo destacado lo que se espera de esta clase de textos: hay un esfuerzo por contar una historia conocida desde una arista novedosa y relevante, emplean recursos narrativos con seguridad y el reporteo, en términos generales, es consistente.

Llama la atención la manera como enfrentaron el tema y las historias de las trabajadoras. En especial cuando admiten, al inicio, que la investigación se gatilla desde una intuición y dejaron que el trabajo en terreno le diera la ruta a seguir. Esto evidencia la convicción de las autoras para sacar adelante el trabajo.

Hay pasajes muy bien relatados, sobre todo al inicio y en el final. En el desarrollo, sin embargo, la narrativa decae en beneficio de explicar los hechos. Esto, desde luego, no es una falla, sino una apuesta que conlleva riesgos. Algo similar ocurre con la decisión de terminar el relato en el cementerio de Angol, con la última escena, en vez de volver al lugar donde ocurrió la tragedia y cerrar mejor el círculo de la historia: el modo en que la vida sigue en La Capilla.

Atentamente,

Patricio Jara A.
Profesor Escuela de Periodismo

Santiago, 18 de mayo de 2017



Prof. Tania Tamayo G.
Jefa de Carrera Escuela de Periodismo
Instituto de la Comunicación e Imagen
Universidad de Chile
PRESENTE

A continuación le comunico a usted la evaluación de la memoria de título "Cuando el barro se seca. La tragedia olvidada de las temporeras de La Capilla" de las estudiantes **BÁRBARA BARRERA MORALES** y **YOSELIN FERNÁNDEZ ARCE**, en la categoría Crónica Periodística:

	ITEM	ASPECTOS CONSIDERADOS	%
1.1	Pertinencia y perspectiva	Relevancia y originalidad del tema; perspectiva narrativa y anclaje social, político o cultural)	10%
1.2	Reporteo y técnicas periodísticas	Recolección de la información, tratamiento de fuentes, uso de entrevistas, diálogos, observación	35%
1.3	Estructura	Orden narrativo, construcción del texto y ejes argumentativos	25%
1.4	Narrativa y estilo	Calidad de la redacción, recursos estilísticos y literarios, creatividad	30%

Excelente 7.0–6.5; Muy Bueno 6.4–6.0; Bueno 5.9–5.0; Aceptable 4.9–4.0; Deficiente 3.9–3.0

1.1		6,5
1.2		5,8
1.3		6,2
1.4		6,8
Nota Final		6,3

COMENTARIO

Esta crónica es un relato emotivo, íntimo que ofrece una ventana a una realidad que los medios de prensa dejaron de cubrir una vez que la emergencia amainó y otras noticias se tomaron la agenda. Por ello es significativo rescatar a las personas y las vidas detrás de estas tragedias, apelando a la empatía y a la vez, dando a conocer las condiciones de vida de estas mujeres anónimas.

Está muy bien escrito, de lectura amena, y logra situar al lector en el lugar y el espacio a través de detalladas descripciones.



Considero que la debilidad de este trabajo está en retratar la vida de temporera de estas dos mujeres y las condiciones laborales que imponía la empresa. Plantean en la introducción que quieren enmarcar la crónica en la precariedad laboral de las mujeres temporeras, el prontuario de la empresa, las denuncias sobre exposición a agrotóxicos, baja sindicalización, magros salarios, entre otros aspectos. Sin embargo, no ahondan en ello respecto de la empresa para la que trabajaban en particular. Hay una sección sobre las condiciones laborales de los trabajadores agrícolas en general, de las prácticas empresariales en general, pero no de la frutícola de Ruiz-Tagle en particular, más allá de mencionar los containers.

Sin embargo, le dedican significativa atención a la colusión de papel (ahí habría que recordar al lector que se trata del mismo dueño de la exportadora donde trabajaban Jenny y Sandy).

Mencionan que esa empresa tiene o tenía más de 100 juicios laborales, pero no se profundiza en ello para graficar el contexto en que Jenny y Sandy laboraban. ¿Es una empresa abusiva? ¿Cómo paga? (mencionan que algunos ganan más que otros porque cosechan más, pero no me quedó claro si el salario es por productividad/caja, más sueldo base y cuánto sería ese sueldo base). ¿Les pagan imposiciones? ¿Tienen contrato laboral y de qué tipo? ¿Cómo es la alimentación que da a sus trabajadoras? ¿Qué pasa con el tema de pesticidas?

Por otra parte, mencionan las exportaciones de fruta en general – pero la empresa de Ruiz-Tagle ¿cuánto produce? ¿Cuánto gana?

Para ello se podría entrevistar a más compañeras de trabajo y también sería recomendable entrevistar a alguien de la empresa sobre esto mismo y pedir que respondiera ante las acusaciones de algunas personas citadas en la memoria que afirman que la empresa no ayudó como debía en los primeros días luego del aluvión.

Atentamente,

Pascale Bonnefoy Miralles

Santiago, 14 de agosto de 2018



Prof. Raúl Rodríguez O.
Jefe de Carrera Escuela de Periodismo
Instituto de la Comunicación e Imagen
Universidad de Chile
PRESENTE

A continuación comunico a usted la evaluación de la tesis de título **“Cuando el barro se seca. La tragedia olvidada de las temporeras de La Capilla”** de las estudiantes **Bárbara Francisca Barrera Morales y Yoselin Andrea Fernández Arce.**

ITEM	ASPECTOS CONSIDERADOS	%
1.1 Problematización	Planteamiento y contextualización del tema	10%
1.2 Pertinencia	Relevancia y originalidad de la investigación	15%
1.3 Estrategia Metodológica	Recolección de la información, datos y antecedentes.	20%
1.4 Conclusiones	Análisis e Interpretación de los hechos relevantes.	15%
1.5 Estructura	Orden narrativo, construcción del texto.	15%
1.6 Presentación	Calidad de la redacción, recursos estilísticos.	15%
1.7 Recursos bibliográficos	Materiales y textos utilizados.	10%

Item	Nota	Valor
1.1	7,0	0,7
1.2	7,0	1,1
1.3	7,0	1,4
1.4	7,0	1,1
1.5	7,0	1,1
1.6	7,0	1,1
1.7	7,0	0,7
Nota Final		7,0

Excelente 7.0–6.5; Muy Bueno 6.4–6.0; Bueno 5.9–5.0; Aceptable 4.9–4.0; Deficiente 3.9- 3.0.



COMENTARIO

Desde el comienzo del trabajo, cuando se planteó el tema, el problema y los objetivos de la investigación, y hasta el final, durante las últimas correcciones, las estudiantes manifestaron un compromiso total con su labor: mostrar las historias de las dos mujeres que fallecieron en "La Capilla" y que fueron olvidadas por todos salvo por sus familias y cercanos tras el aluvión de 2015 en San Antonio. Para ellas, la relevancia de profundizar en las biografías de estas mujeres estaba en contar una historia que no les pertenece sólo a ellas sino a miles de temporeras precarizadas, racializadas y abusadas por los sistemas de trabajo que mantienen, sobre todo, las empresas frutícolas en Chile.

El resultado de su dedicación está a la vista: un relato pulcro, informado, con un reporteo que las llevó a diversos lugares de Chile y que les permitió contar de manera detallada y atractiva las historias que les preocupaban.

Hablar de la calidad sobresaliente de su reporteo y escritura sería redundar, pues estas características saltan a la vista al leer su memoria de título, por lo que quisiera detenerme, sobre todo, en un aspecto más íntimo del trabajo de este último año y medio: la ética con la que enfrentaron este desafío. Durante el reporteo se encontraron con historias dolorosas de abuso, con personas que sufrían y que parecían haber sido olvidadas por todos, y si bien hicieron lo posible por conseguir los mejores datos y entrevistas, su preocupación principal fue siempre no revictimizar a sus fuentes, tratarlas con respeto y delicadeza, con el fin de dar cuenta de sus relatos no con espectacularidad, sino con la serenidad y cuidado que estos requerían. Ese es el mejor recuerdo que me llevó del encomiable trabajo que realizaron Bárbara y Yoselin, que siempre estuvieron abiertas a recibir comentarios y a trabajar aún más tras cada reunión o evaluación.

Atentamente,


Jennifer Abate Crucés

Santiago, septiembre de 2018